

Antología

de Cuentos

2023



INSTITUTO
SONORENSE
DE LA JUVENTUD





**INSTITUTO
SONORENSE
DE LA JUVENTUD**



ALFONSO DURAZO MONTAÑO

GOBERNADOR DEL ESTADO DE SONORA

INSTITUTO SONORENSE DE LA JUVENTUD

LIC. REBECA VALENZUELA ÁLVAREZ

DIRECTORA GENERAL DEL INSTITUTO SONORENSE DE LA JUVENTUD

COORDINACIÓN

MTRO. LUIS ALONSO TADDEI TORRES

DIRECTOR DE ESTUDIOS Y PROYECTOS

LIC. EBER CABRERA CAMPAÑA

JEFE DE ESTUDIOS Y PROYECTOS

DISEÑO

LIC. CECILIA DANIELA MASCAREÑO RAMÍREZ

ILUSTRACIONES Y DISEÑO

C. JULIO CESAR PÉREZ GIOTTONINI

CORRECCIÓN DE ESTILO

Índice

1. **“Otto”** por Adelina Mateos Romero. p. 6
2. **“El collar mágico”** por Camila Guerrero Obregón p. 12
3. **“Un sueño con poder”** por Zacarías Neyoy Valenzuela p. 20.
4. **“Hongos”** por Mariana Ríos López p. 26
5. **“El presagio”** por Abraham Alberto Arballo Peña p. 32
6. **“Búsqueda de duelo”** por Cecilia Daniela Mascareño Ramírez p. 40
7. **“Palabras perdidas de una carta encontrada”** por Sara Pacheco Munguía p. 48
8. **“Mesa para uno”** por Andrés Lechuga Hernández p. 54
9. **“El salto de los cincuenta veranos”** por Luis Carlos Arguelles Macías p. 60

Introducción

El proceso de transformación que viven el país y el estado ha exigido un replanteamiento en el diseño de estrategias gubernamentales con el objeto de contribuir al pleno desarrollo humanista de las juventudes, lo que implica una constante promoción del pensamiento crítico, literario, cultural y artístico. Lo anterior, coadyuva en la búsqueda de la construcción de una ciudadanía con conciencia de clase, perspectiva de género y empatía frente a las diversas realidades y contextos de las y los más vulnerables.

El *Instituto Sonorense de la Juventud*, a través del programa *Xprésate*, contempla abonar en un formación holística y humana para las juventudes sonorenses mediante actividades culturales. Es por ello que se organizó la primera edición del *Concurso Estatal de Cuento Breve 2023*, en aras de promover la creatividad literaria. Esta iniciativa concluyó con la participación de *noventa y ocho jóvenes* que rondan entre los 12 y los 29 años.

La antología resultante del Concurso pasa a formar parte del *Observatorio de las Juventudes*, un esfuerzo gubernamental que contribuye en el análisis, diagnóstico y seguimiento de los distintos fenómenos que inciden en las personas jóvenes. La bibliografía contenida en el Observatorio está dispuesta al público y pone en sus manos un acervo académico y de divulgación científica, permitiendo visualizar de manera más amplia el panorama de la sociedad y juventudes del estado.

El presente documento contiene nueve participaciones de las tres categorías consideradas: Categoría A de 12 a 16 años, Categoría B de 17 a 23 años y Categoría C de 24 a 29 años. La antología pone a tu disposición distintas manifestaciones de la creatividad juvenil, plasmada a través de la palabra y el relato.



1

“Otto”

por Adelina Mateos Romero.

¿Que si tengo un lema? Claro que lo tengo: deja y recibe. Deja lo aburrido, las preocupaciones, deja atrás lo que te mantiene en un solo lugar. Vive y distráete. Mi diversión eran las calles, prácticamente es parte de todos mis recuerdos y desde que abrí los ojos no encontré nada más que esto. Pero no importaba, me mandaba yo solo, andaba por donde quisiese sin dificultades, eso era lo que más me gustaba. Me repetía esto mientras andaba por la ciudad. Me encantaba la sensación, los callejones grises, el olor de los suburbios y mis patas mojadas por los charcos.

Me concentré de nuevo a mi alrededor y vi que el callejón al que había entrado no tenía salida, me encontraba frente a una alta pared de ladrillo que casi me tapaba por completo las grises nubes que contemplaba. Pero no es problema, he vivido en este distrito toda mi vida, de alguna manera te entrenas para situaciones inesperadas. Subo al contenedor de basura y uso mis patas traseras para impulsarme hacia arriba, salto a las escaleras y las uso para llegar a la pequeña terraza del edificio, trepo a la barandilla y me columpio hasta llegar al tejado.

Y ahí es cuando lo vi. Vi una gran ciudad, percibí su olor, grandes construcciones, enredosos callejones que acogen un tipo de población distinta, un vecindario libre con grandes aventuras que nos esperan a los gatos de la calle. No hay nada que no hubiese dado por sentir eso.

Satisfecho bajé el tejado. Es un largo camino hacia los barrios bajos y comenzaba a anochecer. Apenas mis patas tocaron el asfalto comencé a percibir un olor muy peculiar: era el puesto de salchichas a una calle de distancia. Comida es comida, y vaya que hacía hambre. Mientras me acercaba a la calle el ruido comenzó a molestarme, los autos pasaban rápido y yo esperaba mi momento de avanzar entre los autos, pero jamás se detuvieron, no había opción, tenía que cruzar. Me moví lentamente y logré llegar a mitad de la calle donde puedo esperar a acercarme. Tanto alboroto me aturde, giro a mi alrededor donde las luces de grandes anuncios me marean. El ruido, el resplandor de los

carteles, las luces de los coches, giré tantas veces que perdí el rumbo. Un auto rojo pasó velozmente a mi lado, la fuerza consiguió que me tambaleara hacia atrás donde solo pude ver dos luces destellantes que se volvían más, más y más grandes...

Desperté en una caja gris. Tenía pequeños agujeros rectangulares, había un recipiente con agua y tenía una venda azul cerúleo en la pata. Cuando intenté apoyar las patas delanteras sentí un fuerte dolor en el lomo. Escuché voces que parecían acercarse, una más grave que la otra. El chirrido de la puerta me hizo prestar atención al lugar donde me encontraba. Casi de la nada, una luz me cegó por completo, noté como mi lomo me erizaba mientras retrocedía.

—¡Vaya! —exclamó el hombre—. Tenemos respuesta, este amiguito tiene suerte. Me acerqué un poco a las rendijas de la caja para ver si alcanzaba a ver qué es lo que estaba sucediendo ahí afuera.

—¡De verdad no hay nada que pueda hacer! —Dijo la mujer histérica—. ¡Solo mírelo! No me sorprendería que estuviera lleno de enfermedades.

Con la cabeza pegada a las rejillas, pude ver a una mujer vestida de amarillo que no paraba de gritarle al hombre. Él parecía explicarle algo, pero mientras más hablaba, la mujer subía aún más el nivel de su voz.

De pronto un rostro se acercó a la caja donde me encontraba, se acercó demasiado. Su cara era redonda, blanca como la nieve en avenidas congeladas, con un desaliñado cabello marrón y le faltaban los dos dientes delanteros.

—Por favor mami, es tan lindo. Di que sí, ¡anda!

—Por supuesto que no. Quien sabe de dónde ha venido, o quién lo ha tocado, ¿Siquiera tu padre se dio cuenta del momento en el que se atravesó en medio de la calle?

Ahí comprendí todo. La calle, las luces, el ruido, los autos... Los autos, cuando cruzaba la calle, ¡Las salchichas! Y claro, este terrible dolor.

—Siempre he querido uno mamá. Siempre lo he dicho.

—¡Ya te dije que no! —Dijo ella con voz firme.

La puerta vuelve a sonar y la pequeña comienza a llorar. La madre también habla y todo apunta a que conversa con un hombre. No sé qué tanto dicen, pero entre gritos y llantos logran convencerlo. "*Bien por ellos.*" ,pensé. El rostro de la pequeña vuelve a asomarse.

—Ya ves pequeñito. —Comenzó a decir—. Sabía que te cruzaste en el camino por algo.

"*Me liberarán.*" , me dije a mi mismo. Que alivio, no tomará mucho tiempo antes de que vuelva a caminar relajado por los callejones y olvidaré que esto alguna vez ocurrió.

—Esto lo calmará hasta que lleguen. —Dijo el hombre.

Me sacó de la caja suavemente. Menos mal, porque me hacía falta estirarme. Antes de poder procesar mi tranquilidad sentí un pinchazo en la parte trasera. No tuve mucho tiempo de reaccionar porque casi de inmediato me sentí muy tranquilo. Quizá demasiado. Lo suficiente para llegar a una pequeña casa, sin salida...

Me llamó Otto. Así es. Esta osada niña decidió nombrarme Otto. Según ella el nombre significaba "*Aquel que evoluciona*". Los nombres eran algo nuevo para mí. Había oído de compañeros que tenían familias, no se quedaban ahí a vivir como tal, solo iban un par de veces a la semana por comida, y sus humanos les ponían nombres. Cada vez que los visitaban los cepillaban, alimentaban o incluso bañaban. Yo creía que eran solo cuentos de los demás para presumir que podían conseguir comida siempre que quisieran. Pero viviendo con esta pequeña me dí cuenta de que es real. Tienen todo tipo de atenciones. Los humanos en general son extraños, pero los míos eran todo un caso. A la que más le agradaba era a la pequeña.

—¡Otto, Ven! Vamos a mi cuarto.

Rara vez respondía a sus llamados. Pero si me llamaba mientras lloraba, sentía la necesidad de acompañarla. El cuarto era blanco y azul, y con las luces apagadas se encendían unas estrellas verdes luminoso en el techo y en las paredes. Siento la corriente de aire frío apenas cruzo el umbral de la puerta de la habitación, aun así, este era el cuarto más cálido de la casa.

Camino entre el valle de juguetes que yacían dispersos por toda la habitación. Sin querer piso un pequeño cerdito chillón rosado, era su favorito, se llamaba Pinky y era muy escandaloso.

—¡Shh! Otto, no hagas ruido —dijo mientras desdoblaba sus sábanas con cohetes—. O los monstruos te van a escuchar.

Si algo admiré de ella eran sus ideas adorables. Pero era muy inteligente, sabía que cuando se escuchaban gritos algo andaba mal. Solía pasar horas y horas contándome historias y hablándome de lo que sentía. Decía que cuando sus padres comenzaban a gritar tan fuerte que sus voces hacían retumbar las ventanas, era porque ambos se convertían en monstruos. Ella les tenía pavor a las grandes criaturas, cada vez que ocurría la transformación, rápidamente me llamaba a su cuarto, se encerraba y atrancaba la puerta con una silla, se escondía conmigo debajo de las sábanas y lloraba hasta que sus padres volvieran.

—No me gusta llorar. —dijo un poco más tranquila—. Ven aquí.

Dio unas palmaditas en el colchón y me hizo un poco de espacio a su lado. Puse mis patas sobre su pierna, yo sabía que eso la hacía sentir mejor.

—No podemos quedarnos aquí más tiempo ¿verdad? —dijo parándose sobre la

cama—. ¿Sabes que Otto? ¡Vamos al espacio!

Apagó la luz y las estrellas verdes cobraron vida.

—¡A embarcar la nave! ¡Y a explorar el espacio hacía las aventuras y lo desconocido!

Después de su declaración saltó de la cama con los brazos extendidos. Comenzó a saltar y reír. Corría por toda la habitación mientras aleteaba y hacía ruidos de motor con la boca.

—¡Seremos astronautas! -exclamó mientras se acercaba a la ventana—. Y viajaremos más allá de las estrellas que vemos en la noche.

Sentí sus pequeñas manos rozar mi lomo. En ese instante me tomó y me subió a la cama. Nos cubrió con su cobija, encendió su pequeña linterna y los dibujos de cohetes se encendieron tanto que parecían reales. Sus ojos ahora irradiaban vida.

—Y tú y yo nos iremos a un lugar mejor. —dijo mientras tocaba mi nariz—. Algún día partiremos de aquí.

Entonces quitó la cobija, encendió las luces y se sentó sobre la cama.

—Prométeme que lo haremos Otto...

“Lo prometo” me dije mientras me acomodaba en su regazo.

Los días pasaron y cada día me acostumbraba más a este estilo. Las transformaciones siguieron y uno de los monstruos ya no se veía por aquí.

Un día estaba tranquilo durmiendo sobre una silla en el cuarto. Cuando me desperté me percaté de algo. La ventana estaba abierta, y eso nunca pasaba. Me acerqué lentamente a la mesilla, probablemente solo era un engaño de mis ojos, sin embargo, cuando salté y admiré la vista, fue como si la viera por primera vez. Era una pared derrumbada. Extrañaba las calles, extrañaba la libertad que ahí tenía, echaba de menos a los gatos callejeros y a las comunidades de los barrios bajos donde antes vivía.

Un paso. Es todo. Es lo único que me separa de lo que siempre quise desde que llegué. Pese a que era una distancia tan corta, me atemorizaba cruzarla, porque este abismo se abría ante mí recién. Entonces me animé. De repente me sorprendió el ruido de un plato roto. Seguido de gritos de la madre y llantos de la chiquilla. *“Ay no”* pensé *“No ahora.”*

No pararon en un rato. Tenía que ser justo cuando estaba por escapar. Y en un arranque de gallardía, salté. Pero solo a la pequeña terraza, me oculté tras la pared junto a la ventana y esperé que las cosas se calmaran antes de irme. Por fin, me iría. Sería callejero de nuevo. Andaría libre por las grises avenidas una vez más...

—¿Otto? —pronunció una voz suave—. Soy yo. Por favor sal.

Pobre, y así pensaba dejarla. La madre seguía gritándole desde el otro lado del pasillo, pero ella solo pensaba en buscarme. Lloraba. Me gustase o no, esta niña había encon-

trado algo en mí. Yo sabía cuándo me necesitaba, tenía un vínculo que la ataba a mí, un lazo que ya no se podía cortar.

Yo sentía lo mismo al estar afuera. Amaba que nunca sabía lo que me esperaba. Jamás olvidaría los aromas del exterior, ni la sensación de mis patas mojadas. El amor de un solitario es lo más auténtico que puede haber, él te ama por elección, no por compañía.

—Por favor ven. ¿Dónde estás Otto?

No puedo creer lo que voy a hacer. Esa niña fue mi perdición, pero no puedo dejarla, no así, no ahora. Ahí entendí que la libertad es la oportunidad de ser lo que nunca pensamos que seríamos. Lo que nunca pensé que sería. Porque en el sentido más amplio de mi capacidad elegí quedarme con ella.

Mientras los años pasaban, estuve todo el tiempo que pude siendo un apoyo cada vez que lo necesitaba. Pasó mucho tiempo hasta esa última noche.

Uno siente cuando llega el momento. Me puse frente a la ventana sobre la mesilla junto a la cama. Miré a través del cristal la misma ciudad de la que partí hacía un tiempo. Era el mismo olor, el mismo ruido, las mismas luces. Solo que ya no estaba yo, pasé de relajarme entre los callejones a vivir una verdadera misión. Volteé para mirarla y no podía creerlo, a pesar de todo lo que esta pequeña sufrió, conmigo siempre fue la misma. La luna y las estrellas fueron testigos de la seriedad con la que inventaba disparates. No importaba lo que había crecido, siempre fue la chiquilla cuyo rostro vi por primera vez a través de esas rendijas. Tardó un tiempo en que le crecieran los dientes.

Llegué a pasar horas escuchándola hablar, siempre tuve la sensación de que esperaba de mí una respuesta que nunca pude darle. Llegué a quererla en verdad, solo deseaba que estuviera bien y que nunca sintiera miedo. La comprendía, porque yo dudaba cada vez cruzaba la calle y ella sentía miedo al cruzar el pasillo. Pero siempre tuvimos para nosotros esas cuatro paredes llenas de estrellas donde viajamos incontables veces fuera de la galaxia. “*A embarcar la nave. Y a explorar el espacio hacía las aventuras y lo desconocido*”, solía decir.

Pensé sobre el día en el que el auto de esta niña me arrolló porque quería cruzar la calle en busca de unas salchichas. Recordé el lema que tenía en las calles: deja y recibe, encontré una nueva manera de vivirlo y de ser fiel a él.

“*Estaría bien*”, me dije mientras la contemplaba por última vez. Entonces recordé la promesa que un día le hice a Bianca. Que algún día dejaríamos este lugar y nos iríamos al espacio. Sentí tanto, porque no pude cumplirlo a su lado. Pero si hubo algo que logré cumplir: nunca dejarla sola, hasta el día en el que mis aventuras siguieran fuera de esta tierra. Por qué los gatos no mueren, solo terminamos nuestro servicio y somos llamados a la nave nodriza.



2

“El collar mágico” por Camila Guerrero Obregón

Scarab era una joven, tenía el pelo blanco y vestía un chaleco verde de piel, ella era cazadora de los bosques. Ese día no había presa alguna que atrapar, el bosque se había vuelto completamente de piedra por culpa del dragón. Pronto el mal llegaría a su pequeña aldea, en el centro del bosque donde Scarab vivía.

Scarab miró alrededor pero no encontró vida alguna, se preocupó y pensó en las consecuencias y la destrucción que causaría este problema. Recordó su collar, heredado de antiguos tiempos por sus padres, ya fallecidos, y creado por herreros de las ciudades. El collar tenía una piedra mágica que daba vida y color en un principio cuando estaba en la punta del mundo. El único problema fue que estaba bajo candado y la llave que podía abrir el collar estaba en el tesoro dentro de la Montaña Rara. Su nombre se debía a que en la punta de esta había dos picos que formaban la forma de una garra cerrándose, la roca de la montaña era de mármol negro y la punta de obsidiana blanca. La Montaña Rara era custodiada por un dragón, una gran bestia que escupía fuego, codiciaba el oro y adoraba destruir ciudades y bosques para conseguir más. Aun así, el dragón Avoir les tenía miedo a los hombres de las ciudades al otro lado del bosque.

Scarab siguió pensando sobre el collar y la Montaña Rara. Scarab pensó profundamente en lo que debería de hacer para el bien de todos, sabía que era un viaje peligroso, que podría terminar mal, entonces recordó que si no lo hacía, Avoir se podría apoderarse de la piedra mágica y usarla para su propio bien. Y así fue como la joven cazadora decidió salvar su hogar y se puso en marcha a la Montaña Rara, con la meta en su mente: recuperar la piedra que estaba dentro de su collar.

Scarab salió del Bosque de Piedra y se topó con el Desierto de Cera. Parada frente a este blanco lugar, Scarab miró el cielo y se acostó en el suelo pues una voz se lo había ordenado:

Categoría A - El collar mágico

“No cruces de día, pues la cera se derrite bajo los rayos de nuestra estrella, te hundirás y te ahogará. Pasa de noche, pues la cera es fuerte, se enfría y perdura. ¡Pero nunca te acuestes, pues el suelo cederá bajo tus pies!”

En el cielo apareció el astro brillante de la noche, iluminado por su dulce luz. Scarab se puso en marcha por el frío desierto. La joven caminó por muchos kilómetros, cansada y anhelando un descanso, pero recordó las misteriosas palabras y siguió sumida en oscuridad pues la luna había desaparecido del cielo nocturno.

A medio camino, sobre una roca, un animal con orejas de rata, cola de tigre y cuerpo de gato hablaba con un cuervo mientras Scarab viajaba por el paisaje oscuro. El cuervo mencionó el nombre de la bestia, el cual era Jacob. Este se movió con rapidez, quería alcanzar a Scarab, saltaba de roca en roca diviso los movimientos de la joven, de pronto se detuvo, volteo a ver al cuervo y le dijo algo importante que no llegó a oídos de nadie más, después el horrendo animal voló en dirección a la Montaña Rara y Jacob se metió en un hueco y desapareció moviéndose por debajo de la tierra y cruzando el desierto. Todo esto sin que Scarab se diera cuenta.

Llegaba el amanecer. Un rojo que se iba difuminando de arriba hacia abajo hasta llegar al suelo, uno de los pocos colores brillantes que se podían ver en el día, la cera se derritió, volviendo el desierto un mar sin retoños de vida. Por suerte Scarab se encontraba ya fuera del desierto blanco, apenas había escapado de hundirse, ahora se encontraba a la orilla del Río de Pinturas, un lugar alguna vez colorido, con extrañas y grandes bestias dentro de sus revoltosas aguas. Pero con el tiempo la pintura se corrió y solo quedó un río gris rodeado de piedras comidas por el tiempo y disueltas en los rápidos de un río descolorido que acabó con el color del mundo, dejando a los árboles sin hojas, volviendo el cielo blanco, las gemas grises, los ríos transparentes y a muchos animales sin vida, este lugar le trajo extraños sentimientos a Scarab, uno de ellos fue que ella se sentía sola y desesperada. De pronto escuchó una voz que venía del collar, la misma que le había advertido a Scarab sobre los peligros del Desierto de Cera a los rayos del sol. Esta vez el collar le advertía que no tocara el agua gris:

“No toques el agua descolorida, pues esta alguna vez fue pintada desde arriba, pero cuando el Alto lloró, el río lloro con él, dejando atrás los colores del pasado y queriendo volver a lo que alguna vez fue, robó el color de la tierra a su alrededor, pero lo dejó caer al envidiar la vida de las bestias en él”.

Scarab sabía que el “Alto” era la Montaña Rara, pues esta era la montaña más alta del mundo que conocía Scarab. Después de pensar miró a la montaña y vio una cascada pálida y triste saliendo de la cima, pues arriba se encontraba un lago, que reflejaba la luz de la luna de noche y de día se volvía dorado al reflejar la luz del sol, o eso era lo que Scarab había oído en tiempos más lejanos a este cuando ella era pequeña y feliz. Scarab vio rocas en el río y decidió que no eran lo suficientemente resbaladizas para caer al agua y entonces saltó sobre ellas, temerosa de caer, teniendo cuidado de no tocar las blancas aguas debajo, pues temía perder la vida dentro de estas y que el río llevara el collar a algún cuervo. Llegando a la orilla y saliendo del río Scarab vio las faldas de la Montaña Rara que se encontraba a varios kilómetros de distancia, por lo tanto, era necesario no perder más tiempo y seguir con su importante misión, aunque Scarab extrañaba su hogar y se había ido de él sin avisar a nadie.

En su viaje por los Páramos Desolados, Scarab vio a Jacob por primera vez (pues no lo había visto en su camino por el desierto), el animal estaba caminando en la misma dirección que Scarab, pero al verla este corrió detrás de una roca y un cuervo lo siguió a su escondite para escuchar secretamente lo que tenía que decir Jacob y llevar esas palabras a la cima de la montaña. Scarab se fue de ese lugar, pues sabía que no eran animales de fiar, pues los cuervos traían malas noticias y desde un principio no tenían color alguno que presentar frente al mundo.

Scarab llegó a un lago tan transparente como el vidrio, se acostó bajo un árbol de piedra sobre tierra gris y fría, estaba muy cansada y extrañaba las deliciosas moras que antes había en el Bosque de Piedra, Scarab estaba decidida a completar su misión y recordar las moras la alentó a no regresar atrás. Tomó agua pero no comió, ya que no encontró alimento alguno. Fue una noche de sueños tranquilos en los cuales Scarab recorría mares coloridos y llenos de vida que disfrutar.

Scarab nunca había visto el mar, pero sabía lo hermoso que era ya que había visto ilustraciones en los libros viejos de la abuela. Al despertar Scarab se percató de que el sol apenas había soltado los primeros rayos de luz, pero aún hacía mucho calor y esto hizo que le diera más hambre a Scarab.

Scarab se puso en marcha bajo la fuerte y calurosa luz de la esfera brillante que estaba en el cielo, pues era un buen día y los sueños y el agradable sentimiento de recordar los libros de la abuela la pusieron en un buen ánimo. Siguió por los mismos rumbos y el paisaje apenas había cambiado para bien. Pues ahora el camino era lastimoso y el suelo pantanoso, pero no volvió a ver a Jacob o a otro cuervo en todo el día hasta el anochecer donde pudo ver una parvada de las sucias aves volando en la dirección opues-

ta a la Montaña, pues estos buscaban noticias y preocupaciones de los hombres de las ciudades, más allá del Bosque de Piedra, para llevarlos a su amo, el Dragón Rojo, como llamaban a Avoir en estos estos lugares.

Tiempo después de la desaparición de los cuervos Scarab, con miedo de encontrarlos se volvió a poner en marcha a la Montaña Rara, sin saber lo que la esperaba. Recorrió el áspero camino con dificultad, pues no podía saltar por las rocas ya que estas eran resbaladizas, pero de pronto en el horizonte se alzó otro bosque de piedra, pero era diferente a donde vivía Scarab, ya que este bosque tenía árboles de piedra negra como la noche y entre sus duras ramas había risas y voces que compartían un mismo propósito, pues este era el Bosque Cambiante, ningún camino guiaba a las bestias que se perdían entre sus raíces.

Scarab sentía un viento frío que la hizo avanzar con miedo y entro con dificultad, pues la entrada estaba cubierta de espinas que no se podían romper. Al entrar Scarab se percató de que las hojas negras y rocosas de los arboles tapaban la luz del sol, por lo tanto, el interior del bosque era tan negro que ni siquiera los cuervos podían imitar tal color de crueldad y esto no le gustaba nada a la cazadora. La joven subió y bajó por colinas grises, no vio ningún signo de vida, tal vez habían pasado horas, incluso días desde que la joven entró a las profundidades del lugar sin caminos, pues no había manera de ver el cielo. Al llegar al corazón del bosque, Scarab vio un gran roble, este era un roble que a diferencia de los demás, era blanco, tan blanco como la nieve al nacer y por suerte sobre el roble blanco había un hueco entre las ramas por donde se filtraban débilmente los rayos del sol. Scarab decidió que era un buen lugar para descansar pues extrañaba al calor del sol y este la aliviaba del temor del bosque. De pronto escuchó al collar:

“Ten cuidado de la noche junto al roble, ten cuidado del día en el bosque, lo blanco se mancha fácilmente, y lo negro también, corre por el camino blanco cuando la luna ilumine el gran árbol, pues si este te atrapa puede que no llegues al páramo alto”.

Despertó en la noche, y lo más raro había sucedido pues ahora el roble era negro, tan negro como los demás árboles, pero también Scarab se dio cuenta que los demás árboles habían cambiado su color a un gris agradable y entre ellos había una línea de árboles blancos y puros como la luz de la luna. Scarab recordó lo que el collar dijo y decidió seguir la línea, pero al intentar moverse se dio cuenta que la mitad de su cuerpo estaba bajo una raíz del roble negro, y sintió un miedo profundo al pensar en que nunca saldría del Bosque Cambiante. Scarab se movió e intentó librarse pero lo único

que logró fue enredarse más, después vio una rama blanca cerca de ella y con angustia Scarab la agarró y rápidamente golpeó al maligno árbol y este la liberó.

Scarab corrió siguiendo a los árboles blancos y por fin salió del retorcido bosque, llegó a las faldas de la montaña y allí vio un camino que subía a la cima donde nacía la cascada antes de colores. Scarab subió por ese camino largo muy perezosamente. Después de subir toda la noche por el camino de la montaña llegó a una cueva y entró en silencio y con hambre. Dentro de la cueva había pilas de oro, gemas y armas de guerra que a Scarab le encantaron, ya que entre estas había un arco hermoso de madera blanca, había también una isla en su centro que era alta y plana, con un tragaluz adornado de joyas.

En la parte superior de la isla se encontraba aún más tesoro, pero era un tesoro sospechoso ya que debajo de él pareciera que había algo acechando. Scarab se movió por la cueva, admirando el tesoro asombrada, pero cuidando de no hacer ruido ya que el más mínimo sonido quebraría aquel silencio mortal de la cueva y no era algo que Scarab deseaba pues Avoir, el dragón no se veía por ningún lado y un ruido podría ser lo que la delatará. Después de muchos movimientos cuidadosos para evitar tocar el tesoro, Scarab llegó a la isla y subió pisando el tesoro sin darse cuenta, buscando la llave, pero no se percató que la fortuna del dragón empezó a caerse revelando lo que debajo de ésta había. Avoir movió su cola que estaba cubierta de oro, se levantó y después lo único que Scarab escuchó fue un rugido. Después de esto la joven cayó al suelo y no supo nada más.

Scarab despertó debajo de una pila de tesoro, y por un hueco vio a Avoir buscándola, pues sabía lo que la niña tenía, ya que sus ciervos se lo habían dicho. El dragón deseaba la gema, ya que no quería que los hombres de las ciudades recuperaran el color y el poder que sus armas les darían, también la gema le daría mucho poder a Avoir. En estos momentos fue cuando pudo apreciar al dragón: era de la mitad del tamaño de la cueva en la que se encontraban y algunas de sus escamas eran doradas, mientras las demás era de un rojo vivo, como la sangre. También sobre su cabeza descansaba una corona de oro con plumas rojas a sus costados, tenía unas alas tan enormes como un bosque, pero lo más llamativo de la bestia fue que el corazón de ésta estaba podrido, pues Scarab lo sabía, ya que en el pecho de Avoir había un hoyo por donde salían males invisibles.

Scarab tenía ideado un plan: correr, darse por vencida en su misión y salir de la adornada cueva. Pero había dos problemas: el primero sería que no podía darse por vencida en su misión y el segundo problema sería que Avoir podría seguirla. Por lo tanto Scarab ideó un nuevo plan, pues sabía que Avoir nunca se detendría de destruir y recolectar trofeos. Por lo tanto su nuevo plan era matar al dragón y recuperar la llave.

Categoría A - El collar mágico

Al pensar esto se percató de que cerca de ella estaba el arco de flechas blancas y puras, esto servirá para atravesar el corazón del corrupto animal y acabar con la desgracia que esta había traído al mundo.

Rápidamente Scarab se levantó con la fuerza que le quedaba y corrió por el arco el cual tenía una única flecha. En ese momento Avoir vio a la cazadora y se abalanzó contra ella con sus ojos clavados en el collar, pero Scarab se movió y trepó la pared decidida de su plan, saliendo por el tragaluz del techo. En la punta de la montaña había una planicie pequeña y rodeada de nubes era un lugar que pudo haber sido increíble para descansar. En el corazón de esta estaba el Lago Dorado donde nacía la cascada. Scarab escuchó a Avoir, el cual estaba justo detrás de ella. En este momento, Scarab alzó su arco, decidida a su misión y a su deber como cazadora, el cual era decidir la presa y entonces fue cuando fijó su vista al corazón del Dragón Rojo, el cual ya estaba corriendo para matar a Scarab.

Pero fue muy tarde para Avoir, cuando la joven soltó la flecha con audacia, que voló por el aire y atravesó el corazón podrido de la egoísta criatura que cayó dentro del Lago Dorado y terminó por ahogarse.

Scarab regresó a la cueva asombrada de que en verdad pudo matar al dragón que tanta destrucción había traído al mundo y encontró la llave escondida entre diamantes verdes. Esta abrió el collar y reveló una gema preciosa, que al momento de sacarla de su prisión devolvió los colores robados al mundo.

Y cuando Scarab salió de la cueva, sus ojos se llenaron del color de la vida.



3

“Un sueño con poder”

por Zacarías Neyoy Valenzuela

En el pueblo de Buaysiacobe, donde se encuentra el cerro del Bayajorit, por la madrugada cuando las estrellas destellaban en el cielo y todos dormían, Juanito se despierta y emocionado comienza a gritarle a su madre:

—¡Mamá, mamá! —gritaba Juanito, mientras su madre rápidamente se acerca a su catre.

—¿Qué pasa Juanito? ¿estás bien? —le dice la madre preocupada.

—¡Soñé que bailaba venado en la fiesta de la santa cruz mamá! —le dice muy emocionado.

—¡Ayyy, Juanito! Tienes mucha imaginación, anda, duerme de nuevo —su mamá le dice mientras lo arropa nuevamente.

Así pasan las noches y Juanito sigue con los sueños, que cada vez le parecían más reales. Un día cuando Juanito y su mamá estaban visitando a sus abuelos, entre plática y plática Juanito le dice a su abuelo:

—Abuelo, yo siempre sueño que bailo venado, y anoche qué crees que me pasó... pues me levante en la madrugada para ir a tomar agua y comencé a escuchar como si una fiesta estuviera empezando, y pensé “¿qué será lo que estoy escuchando?”

—¿Qué pasó Juanito? ¿Qué era? —le dice su abuelo intrigado.

—No lo sé, solo escuchaba los sones, el venado y el pascola bailando, hasta cuetes oía abuelo. Me lavé la cara, pensé que estaba soñando, pero aun así lo seguía escuchando, entonces me asomé al patio de la casa y yo tenía mucha curiosidad de saber que era —Juanito contaba con emoción—, pero en eso mi mamá se levantó y me dijo, “Juanito, ¿qué estás haciendo ahí? Ándale vete a dormir”, pero pareciera como si ella no escuchaba nada, abuelo, sólo le obedecí y me fui a acostar, pero me quedé con mucha curiosidad de saber que era, te juro, abuelo que casi me daban

ganas de seguir el ruido para ver donde era esa fiesta que se escuchaba muy bonito.

—Mira Juanito te voy a contar una historia de tu bisabuelo. Él nos decía que podía bailar muy bien la danza del pascola porque el tenía un don, ya que había ido al cerro del Bayajorit y se había metido en la cueva para que este le diera la sabiduría. Él decía que ahí solo pueden entrar los que realmente desean obtener el don: el cerro te pone pruebas y obstáculos pero si realmente lo quieres, no debes asustarte, ni rendirte, si no quedarás loco, por eso don Toño esta así como está, mijito —le dice su abuelo con tanta sabiduría—, prométeme que vas tener cuidado y que no te iras para allá, estás pequeño Juanito.

—Está bien, abuelo, tendré cuidado —le dijo Juanito.

Esa misma noche, Juanito, al acostarse, se quedó pensando en lo que su abuelo le había platicado y en voz baja comenzó a decir:

—Yo realmente quiero tener el don de la danza del venado, me haría muy feliz poder participar danzando en las fiestas de la Santa Cruz —repetía Juanito hasta que se quedó dormido profundamente.

A los minutos de estar dormido, Juanito comenzó a soñar nuevamente que bailaba la danza del venado ahí en la fiesta de la Santa Cruz, y al terminar el son se acuerda de la historia de su bisabuelo, entonces, impulsado por la intriga comienza a caminar hacia el cerro del Bayajorit y comenzó a preguntarse: *“¿Cómo podré lograrlo? Si yo ni siquiera sé por dónde es la entrada a la cueva”*. De un instante a otro ya se encontraba en la entrada, se armó de valentía y comenzó a adentrarse. Una obscuridad y un aire frío muy fuerte lo recibió, pero él no se rindió, siguió avanzando y poco a poco comenzaba a iluminarse y sentir un ambiente cálido, al igual que el sonido de los instrumentos, los tenabaris, las sonajas del pascola y el venado alegremente sonaban y hasta el delicioso olor del *wakabaki* lo recibía. Comenzó a caminar cada vez más rápido, hasta que alcanzo a ver a lo lejos como se celebraba una fiesta al interior de la cueva, entonces con paso veloz llegó hasta donde estaba el venado danzando con tanta ligereza. Asombrado y una gran sonrisa en el rostro, Juanito lo veía atentamente. El venado se acercó y le ofrece las sonajas en señal de invitación a pasar a danzar, Juanito lo mira y con una gran sonrisa que transmitía mucha emoción tomó las sonajas, el danzante le comenzó a colocar la cabeza de venado y Juanito se quitaba sus huaraches. Juanito comenzó a danzar entusiasmado y sorprendido de cómo sus pies hacían los movimientos con tanta coordinación y ligereza, como si el fuera un experto danzante. Juanito gozaba tanto y sentía como le llenaba el corazón bailar esos sonos que sonaban tan bonito. Después de haber danzado felizmente Juanito se percata que lo que traía en sus manos ya no eran sonajas: se habían

convertido en serpientes. Volteó a los lados y se dio cuenta que los instrumentos que tenían los músicos también eran serpientes, de repente los demás danzantes, la gente que se encontraba alrededor y los músicos comenzaron a tener un movimiento extraño, como los de una serpiente, entonces recordó lo que su abuelo le dijo, que no debía asustarse, que si realmente quería recibir el don debía no rendirse. Entonces Juanito siguió danzando, cerró sus ojos y con toda la fuerza de su corazón comenzó a recordar todo lo bien que se siente cuando está danzando, lo mucho que le gustaría poder danzar en las fiestas de la Santa Cruz que realizan en su familia, pidió al cerro la sabiduría, la fuerza, energía y ligereza en sus pies para realizar la danza del venado con todo el respeto que se merece. Al abrir los ojos ya era de mañana y Juanito se encontraba en su catre, volteo a los lados recordando lo que había pasado: todo había sido un sueño, se levantó y mientras se acercaba a la cocina a tomar agua en voz bajita dijo:

—Gracias, cerro, por mi don —con una sonrisa amplia en su rostro.

Mientras se tomaba un vaso de agua fresca, su mamá se acerca y le pregunta:

—¿Cómo dormiste, Juanito? —le pregunta su mamá mientras le acomodaba los cabellos alborotados.

—Muy bien, mamá, me siento lleno de energía y muy feliz —le dijo con una sonrisa, guardándose lo que había soñado.

—Claro, Juanito, seguramente otra vez te soñaste bailando venado, verdad —le dijo su mamá.

—Sí, mamá, y me sentí muy bien —solamente comentó.

—Ven, Juanito, acércate a desayunar, porque ya mañana es la fiesta de la Santa Cruz, ayúdale a tu papá a terminar las hornillas para que estén listas, mañana muy temprano empezar a poner las ollas de *wakabaki* y menudo. En la tarde viene tu abuelo y tu tío, van a parar los troncos para la enramada, también les vas a ayudar, por eso necesitas desayunar para que tengas mucha fuerza —le decía su mamá mientras torteaba entre sus manos la masa de nixtamal para hacer unas tortillas.

—Si mamá, yo les voy a ayudar —decía Juanito mientras se servía un vaso de cactus y le daba un trago enorme.

A la mañana siguiente, cuando ya el *wakabaki* estaba hirviendo, el altar para los santos estaba listo y ya estaban terminando de poner el carrizo en la enramada, Juanito se acerca a su abuelo y le dice:

—Abuelo, ¿Qué dices si al rato le digo al venado que me deje bailar unos sones?, ¿Crees que me dé la oportunidad? —preguntaba con ansias de que su abuelo le respondiera que sí.

Categoría A - Un sueño con poder

—Claro que puedes preguntarle, Juanito, pero recuerda que esto conlleva una gran responsabilidad, debes hacerlo con mucho respeto — le dijo su abuelo.

Emocionado Juanito se encontraba, veía que todos ya se estaban preparando para ir a recoger la Santa Cruz a la casa del sesteo, ve a su mamá prendiendo las velas del altar, se acerca y le dice:

—Mamá, ahorita le voy a pedir al venado que me dé oportunidad de bailar unos sones.

—Juanito, que cosas estás diciendo —le dijo su mamá dándole unos paños rojos— mejor llévale esto al *alawasi*, ya casi nos vamos por la Santa Cruz.

Una vez que ya habían vuelto y la fiesta había comenzado, Juanito se acercó al altar, acompañó en el rezo, se persignó y decidido fue hasta la enramada a pedir que le den la oportunidad de bailar. Su madre y su abuelo ahí se encontraban

—Juanito, ¿a dónde vas? —le dijo su madre agarrándolo del hombro.

—Mamá, ya te dije que quiero bailar —respondió Juanito.

—Dale la oportunidad de que lo intente, a él realmente le gusta y además se le da muy bien, ya lo he visto bailando con sus primos y veo que lo hace bastante bien —le dijo su abuelo a la madre de Juanito—. Anda, Juanito, ve y pídele oportunidad al venado.

Al terminar el son rápidamente se acerca Juanito y con voz firme le dice:

—Disculpa, ¿podría bailar unos sones? —le preguntó.

—Claro que sí —le dice el venado, dándole las sonajas, mientras le acomodaba la cabeza de venado y rápido él se quitó los huaraches.

Juanito pensaba: *“Esto está sucediendo igual que en mi sueño”*, recordando lo que había vivido en su sueño y mientras el venado terminaba de amarrarle la cabeza Juanito, cierra sus ojos y con toda la fuerza de su corazón piensa: *“Gracias por mi don, sé que es una gran responsabilidad, estoy dispuesto a tomarla y bailar con amor y respeto”*.

Al comenzar Juanito comienza a notar que sus pies comienzan ligeros y con mucha coordinación. Se emociona mucho y comienza a disfrutar bastante su baile. Todas las personas que lo observaban se quedan asombrados de los movimientos de Juanito. Su mamá lo veía sorprendida y dijo:

—Juanito siempre me decía que soñaba que bailaba, y desde hace días decía que quería bailar en la fiesta. Se le cumplió y mira que bien lo hace, pareciera que fuera un experto bailando venado —orgullosa su madre, le preguntó al abuelo: ¿tú lo animaste a bailar?

—Si, yo le dije que podía preguntar si le daban la oportunidad. Que bueno que lo

intentó. Mira cómo baila tan bien —dijo su abuelo.

Juanito, feliz de lo que había podido hacer, da las gracias por su don, entrega las sonajas, se pone sus huaraches y se acerca a su madre.

—¿Me viste, mamá? —le dice Juanito.

—Si, hijo, lo hiciste muy bien —le responde la madre mientras lo abraza.

Al día siguiente de la fiesta, la familia de Juanito se encontraba reunida cenando, entonces él dice:

—Abuelo, ¿te acuerdas que me contaste la historia de mi bisabuelo? —pregunta Juanito.

El abuelo lo voltea a ver con asombro, mientras su mamá que se encontraba sirviendo el café, rápidamente se acerca a la mesa con intriga, porque ella sabía de que historia estaban hablando.

—¿Si, Juanito, que pasó? —le preguntó el abuelo.

—Ya conocí la cueva abuelo —le dijo con una sonrisa en el rostro.

—¿¡Pero cómo!? ¿tú lo llevaste? —le pregunta la madre.

—¡Juanito! Te dije que no fueras, ¿quién te llevó? —pregunta el abuelo.

—Nadie, no se preocupen, en realidad no subí al cerro, lo que pasa es que como cada noche tuve otro sueño donde bailaba y la fiesta era aquí en Buaysiacobe, entonces yo me acorde de la historia y en mi sueño tuve la intención de ir al cerro y de repente ya estaba ahí en la cueva, comencé a caminar y vi que adentro había una fiesta, el venado me ofreció bailar y accedí, cuando comencé les juro que me sentí como un experto danzante, mis pies eran ligeros —narraba Juanito mientras todos lo escuchaban atentos —, luego me di cuenta que todos eran serpientes, pero no me asusté, porque yo realmente quería tener el don, entonces seguí bailando y ya vieron ayer el resultado, mi sueño tuvo poder, el cerro me lo dio cuando visité el cerro a través del sueño.

Toda la familia corrió a abrazar a Juanito y le dijeron que lo apoyarían, que juntos conseguirían el ajuar para que el pudiera continuara danzando, ya que el cerro le había dado el don.

Ahora, Juanito, cada fiesta en la que tiene oportunidad de bailar lo hace con mucha alegría, amor y respeto, orgulloso de las tradiciones que celebran en el pueblo donde el vive, incluso algunas personas de los pueblos vecinos vienen a buscarlo para que asista a acompañarlos con su danza en los rituales tradicionales.



4

“Hongos”

por Mariana Ríos López

Los hongos son organismos que tienen células con núcleo (eucariontes) y que requieren de otros seres vivos para obtener su alimento (son heterótrofos). La mayoría de los hongos son pluricelulares y sus cuerpos están constituidos por filamentos tubulares microscópicos, denominados hifas, que se ramifican y entrecruzan. Un conjunto de hifas se conoce como micelio. Lo que vemos sobre la superficie con diversas formas y a veces con “sombbrero” y que también llamamos hongos son los órganos reproductivos de uno de los grupos.

Los libros que sacó de la biblioteca sobre hongos se empezaban a acumular sobre su escritorio. Todos decían casi lo mismo pero lo que la atraía a seguir buscándolos eran las imágenes. Había algo en el papel brillante en el que solían imprimir estas imágenes que la incitaba a guardárselos. Era el contacto de sus manos con algo tangible lo que buscaba: tocar las hojas, sentir los colores con las yemas de sus dedos y mirar por horas aquellos hongos. A veces recortaba uno que otro y esperaba que no se dieran cuenta las señoras de la biblioteca. Andaba por la vida escondiéndose, o más bien, mostrando solo su *seta*: lo visible, lo tangible. Mostraba lo que para otros es lo más bonito, pero lo esencial, lo real, lo funcional, lo que le daba vida, sus micelios los prefería dejar bajo la tierra, o en su caso, bajo su cama.

A veces leía una y otra vez la misma información sobre los hongos: su reproducción.

Durante la reproducción sexual o asexual, los hongos producen esporas que permiten su dispersión hacia nuevos lugares o les ayudan a sobrevivir en condiciones adversas, como la deshidratación o la congelación. También pueden desarrollarse a partir de cualquier fragmento de micelio, por pequeño que sea, aunque esto no ocurre frecuentemente.

Categoría B - Hongos

Le fascinaba la dualidad de estos seres. Su manera de continuar la especie, de sobrevivir. Eran casi inmortales, surgían de cualquier lado, en cualquier lado, de cualquier forma. Brotaban en los bosques más húmedos e inhóspitos y brotaban en las frutas podridas de su alacena. Le gustaba eso de ellos. Le gustaba que a veces sintiera que ella debía de ser así o que ya era así, que había similitudes que trascendían a las características de cualquier ser vivo. No era solo que ella y que los hongos estuvieran vivos, había algo más que los conectaba. Una propiedad que va mas allá de habitar este mundo, algo que se movía en su interior y que llevaba mucho tiempo queriendo salir, pero que siempre terminaba bloqueando, impidiendo salir, suprimiendo.

Lo hacía escondiendo debajo de su cama en una caja todos sus recortes de hongos. Los escondía como si hubiera alguien a quien ocultárselos en su apartamento vacío. Los ocultaba como una adolescente que esconde su diario, como una niña que teme que encuentren los dulces que tiene prohibido comer. Temía a veces que en la calle o en el trabajo alguien se metiera en su mente y visualizara las imágenes que recortó de esos libros. Había algo que se escondía a sí misma y que compartía con estos seres heterótrofos, algo que la avergonzaba y que prefería mantener ahí, debajo de su cama en una caja de cartón.

Para alimentarse, los hongos primero descomponen su alimento en pequeñas moléculas que después absorben a través de las membranas de sus células. La mayoría se alimentan de materia orgánica muerta (saprobios), otros son parásitos y algunos son depredadores.

A veces, mientras comía pensaba en la manera de alimentarse de los hongos, tan rara. Le gustaba eso de ellos, su rareza. Mientras veía su plato lleno de verduras se imaginaba como hongo y mientras masticaba era como descomponer los alimentos, masticaba y masticaba, esperando que se absorbiera la comida a través de sus células, así, sin tener que tragar. Nunca sucedía claro, pero le reconfortaba comer de esa manera: sola mientras pasaba las hojas de una enciclopedia sobre organismos heterótrofos y pluricelulares e intentaba alimentarse como ellos.

Alimento. Eso le gustaba; pensar que un día se convertiría en materia orgánica capaz de alimentar a organismos como los hongos. Que a su vez eran alimento de otras especies que en algún momento la alimentaron a ella. Cuando conoció por primera vez a los micelios comenzó a mirar más allá de lo bonito, no solo del mundo o de las demás personas, comenzó a mirar en lo profundo de ella misma. En sus raíces enterradas más profundamente, en los rincones donde no llega la luz del sol, en esas conexiones con

otros seres, con sus amigos, con sus mascotas y con su madre. Una fibra sensible. Los micelios le recordaban a su madre: una conexión casi perdida pero que seguía ayudándola a seguir viva. Recordar a su madre era volver al pasado, a sus peleas constantes, al dolor que se habían causado mutuamente y al rechazo, sobre todo al rechazo, ese que aún siente en las miradas ajenas, en los gestos, en las palabras, aunque no esté ahí, su mente lo crea. Todo está conectado, todo. Incluso ella con los hongos.

Corrió al supermercado en una necesidad abrupta de algo, y compró una cajita de champiñones empaquetada con plástico film. Al llegar a casa los sacó, los puso sobre la mesa y los acomodó mientras se imaginaba en un bosque perdida recolectando hongos de los salvajes, de los que tienen muchas formas y muchos colores, de los que se comen y de los que no y de los que te hacen alucinar. Al menos esos champiñones cultivados casi que artificialmente en alguna parte del mundo la hacían sentirse más cerca de ese bosque lleno de hongos y de humedad, la hacían imaginar y llevarla muy lejos. Aunque en ese momento, sola en su apartamento, mientras picaba los champiñones que acababa de comprar y mientras pensaba en su madre, lo más cerca que estaría de un bosque sería al sentir la humedad que producía ella con sus lágrimas que mientras caían salaban el guiso de champiñones que estaba preparando.

Aquella comida le fue casi que reveladora, le mostró de alguna forma aspectos de sí misma que escondía bajo ese sombrerito, esa parte tan fundamental que la hacían seguir viva, que la conectaban a otros, que la alimentaban de otras formas que la comida no puede. Le gustaba ahora leer sobre micelios. Le gustaba encontrarse a sí misma en esas páginas de enciclopedia. Le gustaban los hongos.

Buscando encontrar aquella pieza faltante en su afinidad con el reino fungi, comenzó a concentrarse en lo que más le llamaba la atención cuando leía artículos de internet o buscaba videos sobre hongos. Leía y leía sobre estos seres cautivadores. A veces se encontraba leyendo la misma información de fuentes diferentes. Sus micelios sabían qué era aquello que buscaba, pero su mente racional lo negaba. Lo negaba porque le parecía sin sentido, lo negaba por la existencia de diferentes exnovios que había tenido, pero sobre todo lo negaba por su madre, porque si en ese momento no la comprendía, con esto, la última hifa aferrada a la relación con su madre se rompería, ya no tendrían más una conexión y volvería el rechazo.

Durante la reproducción sexual o asexual, los hongos producen esporas que permiten su dispersión hacia nuevos lugares...

Categoría B - Hongos

Reproducción sexual o asexual. Reproducción sexual o asexual. Reproducción asexual. Reproducción asexual. Asexual. Siempre llegaba a esa conclusión sin sentido cuando releía los capítulos sobre la reproducción de los hongos. Como si fuera lo que ella podía rescatar de ellos. Reproducción asexual. ¿Por qué le resonaban tanto en la cabeza esas palabras? Siempre terminaba subrayando esos libros de la biblioteca que se supone que no se pueden rayar, y la palabra resaltada siempre era asexual. Un día se cansaría de negarlo.

Decidió buscar un día “reproducción asexual en humanos” Infinidad de resultados explicando la asexualidad y otras orientaciones sexuales, pero ninguna página llamaba su atención. Hasta que un anuncio amarillista de una página repleta de anuncios la sorprendió con la pregunta “¿quieres saber si eres asexual? ¡Haz esta prueba ya!” La pregunta la hizo reaccionar, la información anterior cobró sentido y reflexionó: parece que las personas también pueden ser asexuales, parece que yo puedo ser asexual, no solo los hongos. La información le despertó una duda que tenía enterrada, le revolcó los pensamientos y las concepciones creadas de si misma, pero a la vez sintió alivio, ese tipo de alivio que sientes cuando encuentras algo que llevabas buscando mucho tiempo: encontró su conexión con los hongos.

Desconcertada, este descubrimiento la llevó a sacar la caja de cartón de debajo de su cama y comenzó a pegar las imágenes en la pared de su habitación. Arrancó su página favorita de la enciclopedia de la biblioteca y la pegó en el centro de la pared. Ahora lo primero que se veía al entrar al cuarto era: Reproducción de los hongos.

Buscó el teléfono y se dispuso a convertir esa última hifa que la conectaba con su madre a un micelio. Quería volver a hablarle, quería que la comprendiera, quería que conociera a su gato “Micelio” y quería sobre todo mostrarle la pared de su cuarto, esa que es lo primero que se ve al entrar.

Mariana Ríos López



5

“El presagio”

por Abraham Alberto Arballo Peña

Ella sabía que moriría ese día, no podía decir el porqué, pero tenía pistas, no era por los gatos negros que solían asomarse por las ventanas, no era por las ramas de los mesquites que en otoño despuntan al crepúsculo en un acto de blasfema alabanza al sol, no era por la temporada en la que se viste uno de la muerte y uno se reía de ello, ni siquiera por los dulces envenados, ya fuera con droga o con algún alfiler escondido; de esos que se solían regalar en las noches de brujas y de día de muertos. Ninguna de esas opciones era una respuesta para su interrogante, quizás, la respuesta era que sus padres se habían peleado y ella no quería estar en la casa.

Era como aquellas noches en que el desierto solía estar solo, pero tan solo, que a lo lejos uno podía escuchar a los coyotes aullar. Era como de esas noches en que la calma se adueña de la calle, y, si uno escuchaba atento, podía llegar a escuchar el sonido del agua del drenaje recorriendo las alcantarillas. En sí, era una noche normal, como cualquier otra en Sonora. La noche era tranquila y silenciosa, polvorienta y un poco cálida en la ciudad de Hermosillo.

Era una noche, de esas en que la luna llena emergía de una grisácea nube gigantesca, de esta forma se podía ver un ojo en el cielo, la luna observaba a una muchacha. Esa muchacha se encontraba en el casi garaje; de esos que tenían las casas de Infonavit, solo e inexistente. María estaba en su casa esperando a un Uber, ella observaba la hermosa vista de la luna que se atravesaba por un mezquite. La luz de la luna atravesaba las ramas y de esta forma miraba a la chica, a su vez, María alzaba la vista viendo el conejo que había en la cara blanca del satélite. Sus miradas se conectaban e intercambiaban una visión frívola y cariñosa. De un momento a otro, la oscuridad de la noche se sacudió por dos focos de los cuales se desprendía dos luces amarillentas, estas se asomaban por la calle intentando igualar a la blanca luz. De esta forma, los destellos de esta luz se divi-

saban por la carretera llena de baches. María se recargaba en el mezquite y veía la rama que se deslizaba por delante, la rama del mismo mezquite que intentaba alcanzar a la luna.

María tenía audífonos de casco azules en dónde su pelo negro quedaba enredado; a veces se jalaba el cabello al quitarse el casco, del azul aparato se podía escuchar una canción: “Un cuento antes de morir”, de la banda de metal gótico Nostra Morte, en su mano derecha tenía su celular con la aplicación de Spotify abierta, en la izquierda tenía un libro, era un ejemplar de *El nombre de la Rosa*, de Umberto Eco. La noche no era impedimento para leer, ya que había comprado un dispositivo a través de internet que le permitía leer en la oscuridad, este era una especie de cristal que emanaba luz a través del uso de pilas doble A. Este dispositivo le permitía a María la practicidad de leer cuando estaba afuera de su casa en esas noches en las que tomaba un café al lado de su gato negro llamado Edgar.

La aplicación del Uber le decía que en un minuto llegaría el auto que la llevaría a la fiesta de su amiga Samantha, no quería estar en su casa ese día, sus padres se habían peleado entre ellos, como solía suceder con esa relación, ella solo era usada como un punto de validación, la casa era el terreno de guerra y ella era el pueblo en épocas de elecciones, de esas veces cuando se solía votar por el menor de los males. Su padre o su madre eran esos males, ambos no fueron capaces de ver sus errores y María pagaba por ello. Ambos estaban peleando cuando ella se fugó de la casa. La aplicación le indicó la obvia información de que el transporte se encontraba afuera de su casa, era notorio como un auto se estacionó enfrente de su casa, hasta los vecinos se habían enterado. En cuestión de unos treinta segundos, ella puso el separador en el capítulo del segundo día, quedó intrigada por el misterio que rodeaba al libro que leía. Guardó sus cosas, miró a la luna, y vio la inmediatez de su brillo al ser tapada por una nube. Esperaba que sus padres la detuvieran, en cambio, a sus padres no les pareció importante que se fuera, consideraban que era una simple rabieta de una adolescente que acababa de cumplir dieciocho años la semana pasada.

Al ver el auto, los padres supusieron que iría con una amiga, no prestaron atención y siguieron discutiendo. María no era tan importante como sus problemas maritales. Los padres de María nunca la consideraron como alguien especial o importante, solo la tuvieron para ver si “arreglaba la relación”.

María se subió a un Nissan Versa color blanco, numero de matrícula WGE-030-[XXX], a las 20:30. El ambiente entre el conductor de nombre Juan y María se estaba volviendo pesado debido al silencio que había entre los dos, la situación era difícil de

digerir: un conductor de Uber recogía a una adolescente que había escapado de su casa por que sus padres estaban teniendo una pelea. Juan no pudo soportar más, María lloraba a gritos ahogados, no tenía nada que decir, en su cara no se hallaba el mínimo de entusiasmo, solo quería desaparecer por esa noche.

—Disculpe la pregunta, ¿se siente usted bien? —Juan preguntó, esto había surgido a raíz de que María derramaba unas lágrimas, pero en ningún momento emitió algún sonido.

La chica no contestaba por un par de minutos, había asimilado la indiferencia como una rutina diaria en su día a día. Aunque, prefirió en esa ocasión especial hacer una omisión. El conductor de Uber reproducía su playlist de regional mexicano y reggaetón, todo mezclado junto, las canciones de Santa Fe Klan sonaban en compañía de la voz de Alfredo Olivas, de paso, de vez en cuando sonaban las canciones de Calibre 50.

—A veces suelen pelearse, me usan como la persona que tiene la razón, me hacen tomar un bando u otro, no ven que me molestan. Estoy intentando entrar en la UNAM para no verlos y hacer mi vida aparte.

«Desearía que dejara de hacer preguntas»

Pensó María con el semblante ya marcado por la disconformidad, aunque vi en el conductor Juan la única opción que tenía para desquitarse de la vida que llevaba en sus hombros.

—Sé que es difícil, mis padres se divorciaron cuando tenía tres años, sí he de decir algo es que...

«No creo que debería decir eso, no es lo mejor que debería decirle» Juan empezó a encontrar en su mente alguna manera de ayudar a su cliente.

—Aún así, no puedo hacer nada para cambiar su forma de actuar, solo quiero desaparecer por un día, y ni eso me dejarán hacer en paz. —Interrumpió a Juan mientras pensaba en una manera de como evadir la discusión, no lo logró, simplemente hizo que Juan se interesara más en una manera de como ayudarla.

—Bueno —Juan evadió el tema, le incomodó la conversación que el mismo había empezado por haber intentado ayudar a la joven.— ¿Adónde se dirigirá ahora señorita?

«Es probable que vaya con una amiga, si la dejo en una zona peligrosa es muy probable que le pase algo malo».

Todo esto pasaba dentro de la mente del conductor, aunque con el tiempo, prefirió sacarle platica. Juan quería dejar la incomodidad a un lado. Mientras iban manejando, recordó el destino que había puesto María en el Global Position System, era justo en la colonia de la Choya. María quería ir a una fiesta que se realizaría en la colonia más

peligrosa de Hermosillo.

—No quería ir a la fiesta de Samantha, pero no queda de otra, no puedo quedarme en la casa. Me molesta tener que quedarme en la casa de mis padres y soportar otra pelea.

—Debo disculparme con usted señorita, no era mi intención...—Juan no sabía cómo hablar de ese tema, en específico de las peleas de una pareja, tanto sus padres como él habían repetido los mismos patrones de conducta.— *«Debería dejar de intentar forzarla a hablar de ese tema.»* Son situaciones que nos sobrepasan. Pero yo debería preguntarle algo a usted.

—¿A mí? *«Este tipo realmente perdió la cabeza, pero bueno, a ver que pregunta hace, aunque es cierto, no puedo cambiar la situación de mis padres, aunque, en general, ¿qué puedo cambiar? No soy lo suficientemente fuerte para sobrellevar todo lo que me rodea, me refugié en mi mundo intentando aguantar, aunque creo que pierdo la batalla»* —. María volvía en sí luego de haber platicado consigo misma—. No sé en que pueda ser buena, realmente no creo que sea buena en algo... quizás sí, en lo único en que soy buena es en esconderme de los demás.

—Lo entiendo, entiendo que vayas a una fiesta para distraerte de los problemas que tienes en casa, pero a menudo las peores decisiones que tomamos en la vida son aquellas que hacemos de impulso... —Reflexionaba sobre su pasado mientras manejaba. —Suelo recordar que yo una vez le hice un regalo a una novia... bueno, ya es ex, pensaba que hacía lo correcto y resulta que ella se enojó con mi regalo.

—¿Qué le regaló? —María preguntó curiosa, solía recordar alguna anécdota cuando su profesor de filosofía mencionaba que *“Solemos herir a las personas al tratar de ayudarlas”*.

—Nada en especial, ella quería irse a Europa, quería visitar Italia, quería ir a la torre esa que está inclinada, yo trabajé mucho, y solo pude comprar un boleto.

—Es una lástima, aunque en mi clase de filosofía estamos aprendiendo, no sé si era Immanuel Kant o Artur Schopenhauer, bueno, en fin... no sé... siento que herimos a las personas al tratar de ayudarlas, creo que eso era algo que decía en un libro el filósofo Kant.

—¿No inventó eso que vi en una serie animada japonesa de los erizos que se espinan?

—No, ese fue Schopenhauer, el famoso “Dilema del Erizo”.

—Eres bastante aplicada, te vi leyendo, de seguro eres muy inteligente o tienes buenas calificaciones.

—Tengo un promedio sobresaliente, pero, solo es porque odio estar en la casa, así que empecé a ir a la biblioteca de la escuela, me gustaba escuchar el “Lago de los cisnes”, amé cuando en cierta película de Barbie pusieron esa escena y de alguna manera creía que podía hacer el baile, todo eso pasaba cuando era pequeña y mi mamá me ponía el canal 5 los sábados después que regresaba del catecismo, lo ponía para que yo no supiera que se peleaba con mi papá.

—¿Y porque no te quedas en casa de una amiga? —Inquirió Juan.

—No suelo tener buenas conversaciones, la mayoría de las conversaciones que hacen mis compañeros suelen girar a temas que no me gustan.

—Y luego la raza es bien carrillera, sino le sigues la corriente ahí te tienen como su puerquito, nombre, de pequeño me hacían lo que llaman como bullying, y luego era gordo, y... así te dicen que “*ven para aquí cerdito*” y cosas bien horribles. Bueno, ya casi llegamos. Ten cuidado porque aquí matan “*gratis*”. Cualquiera cosa puedes llamarme y yo puedo pasar por ti. «*Cambiaré de tema mejor*» —. La conversación se detuvo porque Juan recordó algunas cosas de su pasado que era mejor no mencionar, según él.

—Muchas gracias.

—Una cosa más, señorita, no se preocupe por no encajar con los demás, los genios estamos condenados a ser alejados de la sociedad, nos consideran una plaga. No se me agüite, así es la raza y son bien horribles, pero mientras no te afecté, o, mejor dicho, tienes que ser fuerte. Yo sé que tendrás “*un espacio propio*” dónde podrás ser libre y si no existe, debes de crearlo. Ya llegamos.

—Muchas gracias, y enserio se lo agradezco, ¿cuánto sería?

—Serían trescientos, pero no se preocupe, se lo dejaré en doscientos. Créame que este lugar tiene mala fama, muy pocos se atreven a entrar, conozco personas que no han salido vivas.

María respondió con una sonrisa, procedió a realizar el pago, de los 400 que tenía en la cartera. Poco a poco, Juan desaparecía en la penumbra de la noche, de un momento a otro, la noche se volvió algo tranquila. María volteó a ver la casa de Samantha, era una casa un tanto grande para ser casa de Fraccionamiento, en un momento sintió como un humo de cigarro invadía su nariz. Adentro había mucha plebada, las edades de algunas morros y morras rondaba en los quince años y veinte años, a primera vista no se podía ver nada porque había una piscina, varias personas cachorreándose en la piscina. Uno que otro morro que se andaba propasando con alguna que otra morra, algunos lo hacían para quedar bien con los amigos, alguna que otra morra andaba de calenturienta con la plebada. De un momento a otro, de la casa emanaba un olor a marihuana, había un

ambiente demasiado festivo, fue a caminar de un lado para otro, notó que en ningún lado había comida. Un morro empezó a vapear y de su boca salían formas geométricas, un anillo, una estrella y para rematar, un corazón, todo lo hizo para una morrita que lo rechazaba de la forma más burlona, mientras sus amigas se reían de las acciones del vato que intentaba ligar con el vape.

A lo lejos se escucharon sonidos de ambulancias y patrullas acercándose. De un momento a otro, sonaban extraños ruidos de las habitaciones a oscuras, eran sonidos como cadavéricos, como si los demonios bajaran a jugar con las súcubos, había bufones que intentaban convencer a las súcubos de viajar al infierno, un “Oso negro” se repartía entre los compañeros, de pronto, un hombre agarró la botella y se la empinó, como si de una cerveza se tratara. Había una chica que dominaba por los demonios alzó su camiseta blasfemando a Dios, dónde se alzaba la aprobación de los hijos de Sodoma cruzando miradas con las hijas de Gomorra.

María caminaba en el infierno, había llegado para irse, las miradas se tornaban borrosas, los invitados parecían zombis. De un momento a otro, sintió que la luna se acercaba, el conejo la miraba con asombro y terror. En la luna se reflejaba una cara de interna agonía y sufrimiento, pero la luna estaba riendo. De un momento a otro, María empezó a vomitar, no sabía si le afectaba el ambiente, o sí de plano, podía absorber los aires de los demonios malvivientes que llegaban y arrasaban a las personas como un juguete. Los demonios se hicieron presentes, dieron lugar a formas humanas y extraordinarias que en María ocasionaba una extraña repulsión producto del asombro y del asco.

Un toque debajo de la falda hizo que María reflexionara, una súcubo se le acercó disfrazada de hombre, ese fue el límite. María se presentó y despidió de Samantha.

—¿Ya te vas?

—Sí, ya es tarde.

—Sale nos vemos después.

María se dio cuenta que Samantha tenía las pupilas dilatadas, para ella la compresión del tiempo y el espacio se hicieron diferentes. En un instante sacó su celular, fue a la entrada de su casa, vio dos hombres armados entrar en la habitación, iban por alguien, de pronto, un sonido hueco sonó, paró la música, hubo un montón de gritos y gente que incluso desnuda salía de esa casa. María alcanzó a ver como Samantha yacía en el piso sangrando y con una mirada de haber visto el infierno, también observó que eran las 12:00 de la mañana.

Juan no respondía, de pronto, María no podía esperar, salió corriendo, tomó nota

de la dirección en la que iba y de un momento a otro decidió hacer el plan de tomar un Uber en una calle vecina para que no la atraparan.

Varios disparos al aire sonaron en la casa, María se había alejado lo suficiente. María tomó el Uber, y notó que la aplicación estaba fallando. Sin dudarlo, decidió subirse en el Uber, quería escapar, lo último que quería era estar en una balacera. De pronto vio que se había subido en un Nissan Versa blanco. Vio en el retrovisor la imagen del conductor, tenía puesta la cara de la muerte. Al contrario del conductor llamado Juan, en la bocina del carro del nuevo conductor se escuchaba the dying song de la banda Slipknot.

—¿Quién eres? —. Preguntó María, temiendo lo que pudiera pasar.

—Soy Caronte, ¿me puede dar esos doscientos pesos señorita María?



6

“Búsqueda de duelo”

por Cecilia Daniela Mascareño Ramírez

Hace mucho tiempo, existió un hombre que buscaba de pueblo en ciudad a una bestia, un cuervo blanco; que noches atrás le había arrebatado a su hermana sin previo aviso. Con ira emprendió un viaje dejando todo atrás, olvidando como era su vida antes de la llegada del cuervo, con el objetivo de recuperar a su hermana y cobrar venganza contra el animal. Pero los días de su viaje se volvieron semanas y las semanas se hicieron meses y el hombre nunca encontró al cuervo ni a nadie que pudiera darle paradero del ave, más sin embargo, en sus números viajes, descubrió que otras personas que al igual que él, el cuervo blanco les había robado a un ser querido de la misma manera. Sin aviso.

En uno de sus viajes el hombre llegó a un pueblo donde se encontró con una niña pequeña llorando con miedo. Las personas a su alrededor solo susurraban palabras de lástima, pero nadie se acercaba ella.

—¡Un cuervo, un cuervo! —gritaba presa de la desesperación— ¡Auxilio por favor! un cuervo blanco se ha llevado a mi padre!

Al oír esto, el hombre supo de inmediato que se trataba de la misma bestia que le había robada a su hermana.

—Niña, —el hombre se acercó— ¿Has visto a dónde se ha ido volando el cuervo?

—Se ha ido volando al bosque mi señor. —Sollozó la pequeña—. Se lo pido por favor, traiga a mi padre de regreso. Solo somos nosotros dos en esta vida y aún no estoy lista para estar sin él. ¿Quién me protegerá? ¿Quién me cuidará? Mi padre me enseñó a cómo vivir en este mundo, pero aún desconozco muchas cosas de este. A su lado sé que puedo vivir, pero si no está... —la niña titubeó al hablar, como si aquella idea fuera imposible de decir—. Señor por favor, no quiero estar sola sin mi padre, no puedo.

—No te preocupes pequeña, —consoló el hombre, entendiendo los sentimientos de la joven— que el cuervo se ha llevado a mi hermana también. Te prometo que los

traeré a ambos de regreso. Pero por mientras, confía en las enseñanzas de tu padre y sé que así podrás resistir hasta su regreso.

La niña mientras se limpiaba las lágrimas, asintió. Con una leve sonrisa recordó todas las palabras de su padre y le contó al hombre todo lo que habían vivido juntos. Le contó que cuando sus pies estaban cansados en vez de cargarla, le enseñó a descansar; su padre descansaba a su lado. Le contó que cuando ella tenía hambre en vez de hacerle comida, le enseñó a cocinar; su padre cocinaba junto a ella. Le contó que cuando ella despreciaba sus manos débiles por no poder trabajar más, le enseñó a como apreciarlas por su esfuerzo; su padre comparaba sus manos y le decía que, sin los callos de estas, no hubiera podido darle la vida que ella merecía. Y así, mientras la niña hablaba, el hombre notó que en sus ojos surgía una tranquilidad. Era como si aquellas lecciones de vida le dieran cierta paz. Una voluntad para vivir.

El hombre no pudo evitar la sensación de envidia que apareció en su corazón.

Una vez que se despidió de la niña, el hombre partió en dirección a donde voló el cuervo dejando el pueblo atrás.

Llegando a la entrada del bosque notó que los árboles estaban sin vida, sus ramas secas cubrían el cielo evitando que cualquier luz pasara. Una sensación de miedo recorrió su cuerpo. La atmósfera que desprendía aquel bosque era anormal y todos sus instintos gritaban que diera la vuelta. Pero a lo lejos, el hombre pudo ver un rastro de plumas blancas, pero ni una vista del cuervo blanco.

Armándose de valor, se adentró en el bosque y comenzó a seguir las plumas. Caminó por aquella naturaleza muerta hasta que el cielo empezó a oscurecer y la poca luz que podía existir en aquel lugar se apagaba lentamente, haciendo imposible seguir con su búsqueda. Escuchando como las amenazas nocturnas comenzaban a cobrar vida, decidió darle fin a su día y buscar un lugar seguro de descanso.

Mientras buscaba un refugio, encontró una cabaña con una pequeña luz dentro. Al acercarse, se podía escuchar un llanto devastador que provocaba una gran tristeza. Con cuidado, el hombre abrió la puerta solo para hallar a un anciano sentando frente a una chimenea con lágrimas en su rostro.

—Mi amada, mi amor —lloraba—. ¿Por qué bestia? ¿Por qué te la has llevado? Mi corazón, mi felicidad, mi compañera. ¿Quién me acompañará ahora? No tengo a quien cuidar, ni amar ni proteger. Ni nadie quien me cuide, me ame o me proteja. ¿Cómo viviré? Oh bestia, por favor, no estoy listo para estar sin ella —al percatarse que su llanto estaba siendo escuchado el anciano se levantó furioso—. ¿Quién eres tú? ¿Acaso vienes junto con el cuervo blanco?

Entrando lentamente a la cabaña, el hombre habló levantando las manos de manera inocente.

—Me disculpo mi señor —dijo—. No trabajo con ninguna bestia, sino al contrario, estoy cazándola. Ese cuervo se ha llevado a mi hermana también. Si me permite pasar aquí la noche, le prometo que traeré a su esposa de regreso junto con mi hermana.

Pensativo, el hombre aceptó con un suspiro.

—Bien entonces —se sentó otra vez el anciano—. El cuervo se ha ido a las montañas, cuando salga el sol podrás salir a darle caza.

Agradecido, el hombre se acomodó en un rincón y comenzó a escuchar las anécdotas que el anciano había vivido junto con su esposa. Era como si no pudiera evitar contarlas. Le contó que con ella no tenía miedo de perderse a sí mismo, porque a su lado no tenía que fingir ser alguien más. Le contó que estando con ella no sentía que estaba prestando su tiempo, porque a su lado el tiempo no fluía. Le contó que no sentía miedo de los problemas que aparecían, porque a su lado todo tenía solución. Entre risas y lágrimas el hombre pensó ver en los ojos del anciano una cierta paz. Como si aquellos recuerdos le permitieran una vida sin dolor. Un alivio para vivir.

De nuevo, aquella sensación de envidia apareció en su corazón.

Al día siguiente, el hombre se despidió del anciano y se fue en dirección a las montañas. Vio la altitud de aquellos picos y el cansancio quiso entrar en su cuerpo, pero rápidamente olvidó esa idea y comenzó a avanzar.

Nubes de lluvia rodeaban las montañas haciendo que el clima fuera frío y húmedo. Los caminos estaban llenos de piedras resbalosas y arbustos con espinas haciendo que fuera casi imposible de caminar. Pero el hombre no podía parar, no tenía derecho hacerlo. Además, podía sentirlo en el aire, como si el mismo mundo pudiera notarlo también. Estaba cerca de ponerle fin a su búsqueda.

Cerca, muy cerca, se escuchó el graznido de un cuervo.

El corazón del hombre se sobresaltó y con piernas temblorosas empezó a correr hacia el sonido llevándolo a la entrada de una cueva. Agitado, entró. Sus pasos se resbalaban por la humedad del lugar, su cuerpo temblaba por el frío y por más que abriera sus ojos la oscuridad inundaba su vista.

Mirando a su alrededor, no se veía rastro de que alguien hubiera estado en ese lugar. La cueva gritaba abandono en cada una de sus piedras. Con decepción pensó en salir de ahí, tal vez su locura lo había engañado otra vez.

Pero entonces, lo escuchó nuevamente. Un cuervo en aquel interior. Así que, sin dudar lo se adentró más a las profundidades de la cueva.

Caminó.

Y caminó.

Hasta que en lo profundo, la vio.

No a su hermana ni a las personas desaparecidas, sino que en el centro, había una mujer hermosa. Tenía plumas blancas en vez de piel, ojos translúcidos, brillando como si fueran un par de diamantes y un pelo tan largo y plateado que parecían un par de alas.

Su imagen provocaba una cierta tranquilidad en aquel lugar, pero también lo incomodaba. Tanta belleza en un lugar tenebroso daba una imagen de falsedad.

Ella era el cuervo blanco. No había duda de ello.

Entonces, la bestia habló.

—Por fin me has encontrado —dijo la mujer—. Y veo que no me has podido dejar ir, al contrario de las demás personas que has conocido.

—¿Y cómo podría hacerlo!? Ellos no entienden el dolor que me causaste —gritó el hombre—. Te la llevaste. Te robaste a mi hermana, mi mejor amiga, mi alma de sangre. Regrésamela, ¿Dónde está? ¿Por qué no la veo? ¿Dónde están los demás?

Pero la mujer no contestó y sólo se dignó a mirarlo, casi como si estuviera esperando algo.

Esperándolo a él.

Entonces, solo en ese momento, como si agua fría empezara a entrar por sus venas, el hombre comprendió.

Comprendió que aquel cuervo blanco no había secuestrado a su hermana ni a los demás. Si no que había hecho algo mucho peor. Pero, aún así, por alguna extraña razón, aquel descubrimiento no lo sorprendió. Como si una parte retorcida dentro de su mente ya había imaginado que así iba ser el resultado.

Por dentro, entendió que su búsqueda había sido en vano. Tal vez siempre lo supo. Tal vez, desde un inicio él sabía que su hermana ya no estaría con el cuervo cuando lo encontrase. Pero se negaba, no podía aceptarlo. ¿Cómo podría?

Cómo podía dignarse a aceptar una vida sin su hermana, sin poder escucharla otra vez, sin poder verla, sin poder sentir meramente su presencia. Cómo podía vivir una vida ahora que él se había convertido en una conversación sin respuesta.

Imposible, pensó.

Una ira recorría su cuerpo y en sus ojos no existía más que odio. Con pasos llenos de furia empezó a caminar hacia la mujer de blanco.

—Todo este tiempo —gritó el hombre—. Te he estado buscando con la esperanza de volverla a ver. Se que me engañaba a mí mismo, pero quería creer. Porque desde

aquel día, no solo te la llevaste a ella, sino que a mí también. Me mataste. Me destruiste. Me has marcado. Por tu culpa ya no soy solo una persona, si no dos. Porque ahora existe un antes y un después de ti en mí. Porque ahora, debo decidir si vivir como la persona que era con ella o ser alguien sin ella. Dejaste una herida que lastimará mi futuro y me hará extrañar mi pasado.

Pero la mujer nunca tembló ni retrocedió ante su furia y siguió mirándolo.

Esperándolo.

Los pasos del hombre pararon a la mitad del camino y una idea paso por su mente. Negocia con ella pensó, humíllate dale lo que sea. Con respiración agitada, volvió a caminar y empezó a rogar. Como si no hubiese amenazado a la mujer segundos atrás.

—Haz algo por favor. — Dijo y una risa cruel salió de sus labios—. Dime, ¿Cómo puedo llamar a esto vida si los recuerdos me persiguen? Si su sonrisa aún vive en mí. Si su voz se escucha en cada brisa del aire. No sé cómo vivir, no sé quién soy. En mi existe la persona que fui con mi hermana y ahora la persona que soy sin ella. Ambas personas luchan por vivir en mí y no sé a quién dejar ganar. No puedo ser ambas y ni una sola —tenía que hacer algo, tal vez el cuervo blanco lo estaba poniendo a prueba y él sólo tenía que decir lo que ella buscaba escuchar—. ¿Acaso fue mi culpa o no me di cuenta de algo? ¿Hice algo para que se fuera o para que te la llevaras? ¿Es todo esto es mi culpa?... Por favor, lo que sea, te lo pido. Regrésamela.

Pero la mujer de plumas blancas continuó mirándolo sin aceptar sus palabras.

Siguió esperando.

El cansancio de todo su viaje empezó a caer en sus hombros haciendo sus pasos fueran más lentos, pesados, tristes, agotados.

—He tenido que aprender a luchar, a resistir. —Continuó él—. A vivir con una voluntad de venganza. Solo para este momento, tú me diste una razón para morir, pero también para vivir. He continuado únicamente para recuperar lo que me robaste y vengarme de ti —el hombre dudo unos segundos y empezó a sentir una pesadez en él—. Pero, si te destruyo, ¿Qué será de mí? ¿Qué me motivará ahora a vivir si no estarás tú? Tu muerte no la traerá de regreso ni borrará mi dolor. Te lo has llevado todo... ¿Acaso también te robaras esto de mí? Lo último que me queda, mi voluntad. ¿Es que no has tenido suficiente ya de mí? —y frente a ella no pudo dar un paso más. Sus piernas perdiendo toda voluntad de seguir—. No sé qué hacer, me encuentro perdido.

A los pies de la mujer el hombre se rindió de estar de pie, cayendo al suelo.

—Está bien no saber —contesto suave la mujer— y está bien estar perdido.

—Pero estoy fallando.

Categoría B - Búsqueda de duelo

—No —negó ella—. No estas fallando, estás aprendiendo —se hincó frente a él y tomó su rostro con ambas manos con una delicadeza inhumana, y vio en sus ojos algo que le retorció el corazón.

Comprensión.

Aquella bestia lo entendía.

—Estás aprendiendo a tener una vida sin ella —le dijo la mujer.

—Pero no puedo, no sé cómo hacerlo —sollozó él—. He perdido toda memoria, todo recuerdo. He olvidado como es vivir.

—Entonces primero —colocó una mano en el pecho del hombre—. Aprende a respirar.

Y por primera vez, un suspiro escapó de sus pulmones.

—Aprende a llorar.

Lágrimas guardadas de hace mucho tiempo atrás por fin escaparon de sus ojos.

—Aprende a perder.

Los músculos de su cuerpo se rindieron después de varios días de andar y se relajaron.

—Aprende a dejar ir.

Un grito rasgó su garganta retumbando las paredes de la cueva soltando todo el dolor que llevaba en él.

—Aprende a vivir. —Y el hombre sintió como ella lo envolvía en sus brazos cubriéndolo con sus plumas. Suaves y cálidas. En esa blancura el hombre no se preocupó de nada más; el dolor dejó de ser una carga, sus lágrimas no le daban vergüenza y sus gritos no lo hacían débil. En los brazos del cuervo el hombre se permitió vivir.

Cuando por fin iba regresar el abrazo, la mujer se transformó en aquel cuervo blanco que, no hace poco lo veía grotesco, ahora en sus brazos, lo veía hermoso.

Aquellos ojos cristalinos lo vieron, esperándolo por última vez. El hombre asintió y soltó el ave, volando lejos de sus brazos.

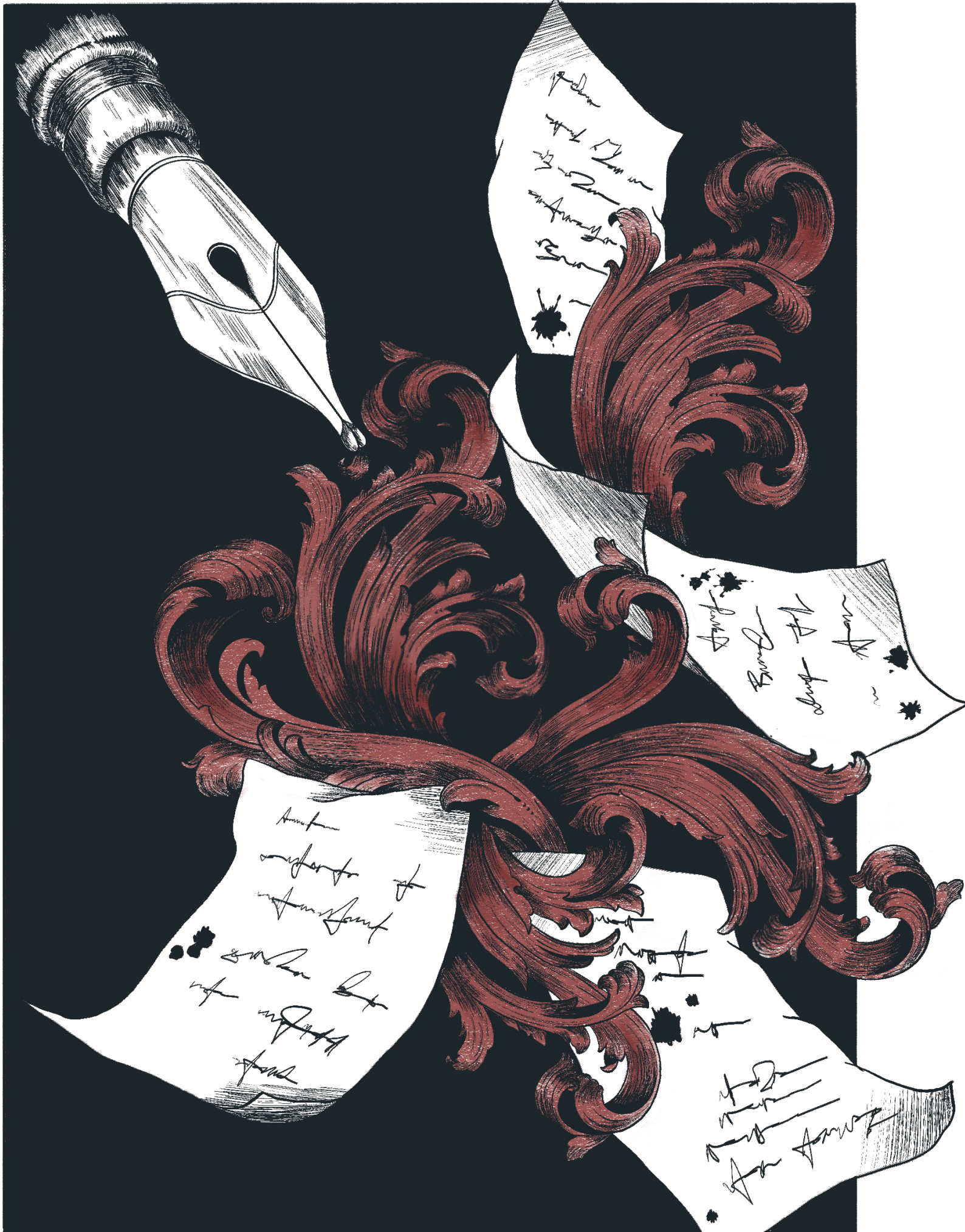
Y así como la halló, se fue. Sin dejar rastro, ni aviso, ni marca.

El hombre con un suspiro se levantó del suelo y se marchó de aquella cueva fría y solitaria. Cuando puso un pie fuera, vio como todo su mundo había cambiado. El bosque ahora estaba lleno de árboles verdes dejando que toda luz pasara y las montañas estaban despejadas con caminos fáciles de andar.

Pareciera como si el mundo a su alrededor hubiera aprendido a vivir junto con él.

Era una vista hermosa.

Una vida hermosa.



7

“Palabras perdidas de una carta encontrada”

por Sara Pacheco Munguía

El sol estaba en su punto más alto en el momento en el que comenzaron a meter todo en cajas. El librero fue lo primero que vaciaron, colocaron los libros uno por uno en la caja marcada con las letras donación biblioteca. Había más cajas, cada una con distintas letras: donación ropa, papel reciclaje, recuerdos, conservar, entre otras; y a cada una la llenaron con objetos de su respectiva etiqueta. No fue trabajo de una sola tarde, varias personas vinieron durante dos semanas a llenar y llenar cajas; también llenaban bolsas negras gigante con más ropa o con las cosas a las que no sabían cómo clasificar, como los perfumes ya usados, que al abrirlos sientes que una persona nunca se fue en realidad. Algunas veces, las personas que guardaban las cosas tenían que parar un momento para consolar a la mamá, que comenzaba a llorar después de cada caja que se llenaba con las cosas de su hija, las cosas que aún olían a ella.

No es el caso que la hija acabara de marcharse, habían pasado meses, tal vez casi un año desde su partida, pero todo en el cuarto seguía intacto, hasta hoy, que convencieron a la mamá de guardar las cosas para que sea más fácil mantener el cuarto en orden ¿En cuántas cajas cabe la vida de alguien que no tenía más de 25 años? ¿Cuántas cosas puede poseer una persona que no quería estar aquí? ¿Cuántos van a extrañar a alguien que se sentía tan sola y ajena a este mundo?

Al día de hoy, sigo debajo de la cama, esperando a que me encuentren, a que me levanten del suelo para que me lean y entiendan un poco de las razones de quien me escribió y me creó. No siempre estuve bajo la cama. El día que fui escrita estuve sobre la cama, extendida junto a la chica, sobre la colcha lila con bordados de flores en la orilla, sobre mí no se derramaron lágrimas, sólo un poco de sudor de la tensión que se notaba en su rostro, ya que estaba decidida a irse de este mundo bajo sus propios términos. Recuerdo que cuando puso el punto final salió de la habitación y regresó después de unos

Categoría C - Palabras perdidas de una carta encontrada

minutos, se sentó en la cama y procedió a hacer un corte en su brazo y poco a poco la colcha lila comenzó a impregnarse de manchas rojas brillantes, aún conservo algunas de esas manchas cerca de mis esquinas.

Las manchas comenzaron a empapar la colcha lila mientras iban creciendo, estoy casi segura de que no lloró, pero al ser sólo una hoja de papel entintada y con machas, mi percepción de la realidad puede estar un poco distorsionada. Después sólo cerró los ojos y comenzó a palidecer, no los volvió a abrir.

Nos quedamos un rato tendidas en la cama, solo tenía unas horas de existir y de conocerla, pero en mí había depositado toda su inconformidad con el mundo; todas las cosas que le atormentaban y que le mantenían despierta durante la noche, pero agotada durante el día. Las cosas de las que se arrepentía y otras pocas de las que no, casi al final explicaba que su desesperación provenía de no encontrar lugar donde pudiera existir, y del miedo de irse sin tener un lugar al cual regresar. Por último, un adiós a mamá, nunca pidió perdón, puede que esta chica haya sentido muchas cosas al mismo tiempo en el corazón y en la cabeza, pero nunca un sentimiento de culpa por su última decisión.

La noche llegó y su mamá abrió la puerta de la casa, gritó el nombre de su hija, pero no hubo respuesta, parece que esta chica no era alguien que saliera mucho, ya que la mamá se escuchaba segura de que estaría en casa. Los pasos se escuchaban cada vez más cerca de la habitación, giró la perilla y entró al escenario, el cuarto de siempre, la chica de siempre, pero tendida sobre una cama con una colcha empapada en sangre que chorreaba hasta el piso a modo de gotero, la reacción de la madre fue un grito y una expresión religiosa mientras corría a revisar a su hija, a tocar su cabecita, no dejaba de repetir su nombre una y otra vez, colocó su mano en el pecho de la chica para sentir el corazón, el cual ya no tenía nada que bombear, ya no funcionaba. Inmediatamente la madre comenzó a llorar mientras decía cosas que no logré entender y salió de la habitación.

Después de un buen rato seguía siendo de noche, unas luces rojas y azules se colaban por las ventanas y teñían la habitación con un ritmo intermitente. Entraron más personas al cuarto por la chica, uno de ellos se apoyó en la cama para alcanzar a sujetarla, recargó su rodilla sobre mí para poder pasarla a una camilla, estaba dentro de una bolsa blanca, la cerraron y salieron de la habitación. Ahora tengo sudor, sangre y estoy arrugada sobre una colcha roja y húmeda, cuando esas personas salieron una mujer se paró en el marco de la puerta y sin voltear a ver la escena de la cama sólo apagó la luz y cerró la puerta, la brisa del portazo me hizo volar un poco hacía la orilla de la cama, donde la mancha de sangre estaba más impregnada y aún fresca, muy cerca de la orilla izquier-

da de la cama y ahí me quedé bailando con el aire sobre la cama cada vez que abrían o cerraban la puerta.

Una mujer entró a los dos días, tomo la colcha con unos guantes en las manos y procedió a jalarla hasta que terminó en el piso, yo caí al suelo también, pero la mujer siguió retirando todo lo de la cama que seguía manchado y lo metía en una bolsa, sólo sobrevivió una almohada, el colchón también tenía manchas rojas. Me quedé en el suelo, con sudor, ensangrentada y arrugada.

Pasaron unos cuantos días y yo seguía aquí, la madre casi no entraba al cuarto, a veces sólo abría la puerta y veía hacía adentro, se quedaba un rato parada en el marco de la puerta. Otras veces hablaba hacia la habitación, como si fueran a responderle, otras veces entraba enojada y regañaba al aire, también le pedía perdón al vacío que llenaba el cuarto de la chica, como si para la mamá ella siguiera ahí, como si retara a su fantasma a aparecerse y encararla, se quedaba de pie en la puerta mirando cada uno de los espacios vacíos de la habitación, el librero pequeño que tenía libros amontonados y peleando por espacio, el tocador con todos los perfumes sin llegar si quiera a la mitad de la botella o el ropero lleno de ropa que ya no se usaría. La mamá se quedaba de pie en la puerta esperando a que su hija apareciera, como si todo hubiera sido un sueño, uno muy horrible.

Tenía tantas ganas de gritarle que aquí estaba yo arrugada y llena de sudor y de sangre en el piso, para que me viera y pudiera leer la despedida de su hija, para que pudiera leer la parte donde dice que intentó todo lo que pudo para lograr sentirse mejor, que de verdad intentó volver a ser la persona que solía ser pero que sentía que esa persona ya no existía. Tenía demasiadas ganas de poder gritarle a la madre que yo estaba ahí en el suelo para que pudiera leer la parte de mí donde su hija le dice adiós y que le da las gracias por haberla querido, que no quería sonar malagradecida pero que ese cariño no le bastaba para anclarse a la tierra, que lamentaba que el que las personas no la entendieran, que no lograba sentirse estable, sin mencionar que la falta de dinero le aterraban mucho más que el confort del cariño que su madre pudiera darle.

Ojalá pudiera acercarme a esa mamá y enseñarle la parte donde escribió que le aterraba que la mejor parte de su vida ya hubiera pasado y que parecía imposible que las cosas mejorarían en el futuro. Pero la madre sólo se quedaba en la puerta viendo la habitación oscura y vacía, abriendo y cerrando la puerta varias veces al día, ya que no podía poner un pie adentro sin sentirse envuelta en el aroma de su hija que seguía presente en la habitación y que era más fuerte que el olor a sangre que se impregnó en el colchón, no podía entrar al cuarto sin desmoronarse y convertirse en un mar de lágrimas.

Los días pasaron y luego pasaron meses, tal vez uno o casi dos años, hasta que con-

Categoría C - Palabras perdidas de una carta encontrada

vencieron a la mamá de meter todo en cajas y bolsas, de comenzar a vaciar el cuarto y de ver entre las pertenencias con qué podía quedarse. Y volvemos a donde inició esta historia, conmigo arrugado, lleno de sudor y sangre seca, debajo de la cama. El cuarto está cada vez más vacío, ya no están los cuadros con dibujos que solían estar colgados en las paredes, del cajón de la mesita de noche retiraron ligas para el cabello, un cable para cargar el celular, envoltorios de dulces, un tubo de cartón de papel de baño, lápices de colores y un libro de Mario Benedetti con un separador marcando aún el principio del libro, sobre la misma mesita aún permanecía una lámpara, también quitaron el colchón de la base.

La habitación quedó vacía salvo por la mesita de noche y por mí debajo de la base de la cama. La mamá ya no se para en la puerta tanto tiempo como antes, ya no la oigo llorar tanto como antes, pero supongo que le sigue importando igual que antes, la luz no se ha vuelto a encender desde que terminaron de vaciar la habitación. Por la luz que entra de vez en cuando por la ventana, creo que ha pasado algún tiempo desde la última vez que alguien entró a la habitación.

Hoy la puerta volvió a abrirse, era una pareja junto con su hija adolescente, acompañados de una mujer que les mostraba el cuarto. La mujer les explicaba cosas como la antigüedad de la casa, el material del piso y las paredes y que podían cambiar el color si así lo querían; también les dijo que ese cuarto antes era de una chica y que por lo tanto era perfecto para su hija porque aún se sentía esa vibra juvenil en él ¡Qué basura publicitaria sólo para vender la casa!, quién sabe qué tantas mentiras más habrá dicho sobre la casa, a menos que piense que la vibra juvenil está impregnada de comportamientos y tendencias suicidas, en ese caso tal vez tiene razón.

Parece que la casa convenció a la familia, pues otra vez la habitación está llena de cajas marcadas con las letras como ropa, adornos, y libros. Pero esta vez las cajas son las que se están vaciando para llenar el cuarto, a estas alturas ya no me importa que me lean, aquí no hay mensajes ni palabras para ninguno de los que viven en esta casa, ni agradecimientos, ni nada de nada; nadie de aquí entenderá el sentimiento de ser un extraño en el mundo ni en tu propio espacio, la gente no entenderá todo lo que se escribió en mí, ni la sensación de soledad que abrazaba a mi creadora, ni el miedo que le provocaba la incertidumbre del futuro.

Después de todo este tiempo, sigo llena de sudor y sangre seca, estoy arrugada y empolvada; de forma repentina fui arrastrada por una escoba hacia afuera de la cama, era la chica que vino a ver la casa antes, la hija de la pareja. Me tomó del suelo y con el índice y el pulgar presionó una de las esquinas machadas de sangre, tratando de

corroborar el origen de la mancha, me vio por encima y después me volteó para revisar la parte de atrás, cuando iba a comenzar a leerme se escuchó un ruido desde la cocina acompañado de los gritos del padre y gritos todavía más fuertes de la madre, me sostuvo con una mano mientras caminaba hacia la puerta y la cerró con un portazo usando su mano libre, haciendo que el ruido del portazo compitiera con el de los gritos. Se sentó en la cama y comenzó a leerme, pensé que podía ser un poco macabro que un desconocido lea la carta de suicidio de la persona que solía vivir en tu casa y dormir en tu cuarto, tal vez esta nueva chica es macabra.

Al terminar de leer la chica sollozó un poco y se secó una que otra lagrima ¿esta chica entendió lo que tengo escrito? ¿Aunque no la haya conocido?

La chica me dejó reposando a su lado sobre la cama, se recostó y se quedó mirando al techo, solo la escuché decir en un tono muy bajo: yo también y ojalá fuera tan valiente como tú. Mientras se acomodaba de lado sobre la cama su mirada seguía apuntando a la nada y ahí se quedó, en silencio, sin importarle las cajas sin desempacar, ni la montaña de ropa a los pies de la cama.

Me volvió a tomar para reincorporarse y fue hacia una de las cajas, de la que sacó una lapicera azul cuadrada de plástico, decorada con calcomanías de flores y gatos graciosos, después me dobló de cuatro en cuatro para acomodarme dentro de ella, sacó otras hojas de papel que estaban dobladas, un llavero y una que otra pulsera que tenía guardadas ahí, me reposó en el fondo de la lapicera y después volvió a meter las demás cosas.

No me leyó quien se suponía que me tenía que leer en un principio, las palabras de mi creadora no pasarán a la posteridad ni serán recordadas como las palabras profundas de un alma atormentada, se quedarán grabadas en mí y seré leído de vez en cuando por esta chica, quien parece entender y sentir cada palabra que tengo escrita, tal vez no esté tan mal ser una hoja de papel con sudor, sangre seca, arrugada y empolvada que yace en una lapicera de plástico, en el cofre del tesoro y recuerdos de una chica solitaria.



8

“Mesa para uno” por Andrés Lechuga Hernández

Cuando el gran chef Jean-Luc Pierre fue desprestigiado en el podcast de crítica de cocina más escuchado de todo México, su restaurante se fue a la quiebra. El rostro detrás de todo esto era anónimo. Tan sólo se le conocía por su voz grave, y palabras tan duras como un martillo al momento de ablandar un jugoso filete crudo. Algo que distaba de lo novel. Ya que, los escalones ensangrentados que tenía bajo sus pantorrillas la voz sin rostro de *Mesa para uno* eran, por decir poco, innumerables. Tampoco fueron atractivos los golpes verbales que recibió Jean-Luc Pierre, sino que el hito mismo se dio en la pérdida de sus tres estrellas Michelin; ese fue su escandaloso nocaut. Tan pronto como se replicaron cual bacterias las palabras de *Mesa para uno*, cayeron las tres luminarias que alababan sus sabores; todo, durante una noche, donde unas celosas nubes impidieron la apreciación del cinturón de orión a los entusiastas de la Vía Láctea.

Para ese entonces, el restaurante de Jean-Luc Pierre, *Mexique et Paris*, que ofrecía una atractiva carta de cocina tradicional mexicana, fusionada con sabores parisinos vanguardistas, llevaba la cuenta de un mes sin un solo comensal ocupando las mesas. Semanas durante las cuales, Jean-Luc Pierre mantenía al grupo de meseros al margen con gritos de esperanza, que catapultaban litros de saliva por todo el lugar. Su equipo de cocina, en cambio, era más difícil de motivar, pero de cualquier manera llevaban su mano al pecho en señal de lealtad al restaurante y a la figura de Jean-Luc Pierre; dado que, al final del día todos esperaban que la crítica de *Mesa para uno* se perdiera en el tiempo como cualquier otra tendencia; pero en un indeseable avance de hechos, lo esperado no ocurrió. Las bocas de la gente continuaban replicando cual loro las sarcásticas, irreverentes, enfurecidas y elocuentes palabras del crítico con mayor credibilidad en el país. A Jean-Luc Pierre le provocaba cólera que la gente utilizara su lengua para maldecirlo y humillarlo, en lugar de para saborear los platillos que con tanto sudor había

diseñado a lo largo de varios años.

En aquella adinerada zona de la ciudad, la gente que paseaba en las noches de fin de semana vistiendo ostentosas prendas de diseñador, hacía una pausa en el portal de *Mexique et Paris* para observar lo deteriorado y vacío que estaba. La inmutación en sus rostros denotaba curiosidad, como la de alguien que va de turista a apreciar una maravilla del mundo. Entre las rectangulares y barrocas fachadas, los aristócratas encontraban ruinas de un pasado que parecía tan lejano para ellos, como el final de la segunda guerra mundial hasta nuestra época.

Antes de marcharse, se retrataban de espaldas al portal, mientras susurraban casualmente sobre los recuerdos y sabores experimentados en las mesas del restaurante. Acción que se asemejaba al descubrimiento del fuego; ahora todos deseaban lo mismo. Por lo que el exterior de *Mexique et Paris* se vio inundado de parejas y caminantes solitarios, que implosionaban por el éxtasis que les recorría las vibras del cuerpo al aguardar en la fila, hacerse la foto y posteriormente compartirla con sus allegados.

La multitud que aguardaba por su turno colisionaba con la rutina de los vecinos de la zona, cuya molestia aumentaba día con día; como si un cocinero les vacilara con el vigor del fuego de la estufa, al manipular la perilla detenidamente hasta alcanzar el punto de ebullición de una cazuela con agua. Desde los cielos se asemejaban a un público en espera de un concierto, lo que naturalmente derramó el vaso de paciencia de los vecinos. Bajo sus quejas, fueron auxiliados por cuerpos antidisturbios, que en una tarde despejaron la zona de quienes esperaban su fotografía en el exterior del restaurante. Los meseros, cocineros y el propio Jean-Luc Pierre fueron testigos a la distancia de la evolución de sucesos; desde la primer pareja, a las peleas por quién se retrataba primero y hasta la implacable expulsión de la muchedumbre.

A los días, penetraron de improvisto en el portal varias personalidades de internet, inspiradas por la avalancha de fotografías que despertó en ellos interés por el restaurante. Jean-Luc Pierre particularmente aborrecía a toda esa gente, puesto que le recordaban a *Mesa para uno*. Para él, en el fondo todo joven que se grababa para subirse a internet pertenecía a la harina del mismo costal.

Con videocámara en mano, las personalidades de internet capturaron el área de las mesas, cuyos manteles se habían tornado en un amarillento similar a la de una esponja con la que se ha fregado por mucho tiempo. En las esquinas del techo y en los alrededores de los bombillos, las arañas se reían al espiar la persecución del equipo de meseros comandado por Jean-Luc Pierre, contra las personalidades de internet; que al ser atrapados fueron echados a la calle con todo y sus equipos de grabación. Material

que fungió como registro no sólo del desgaste de las instalaciones, sino de la pérdida de peso de los meseros, cocineros y del propio Jean-Luc Pierre. A quien especialmente le resaltaba cada vez más su cráneo con cada fotografía o vídeo que le sacaban. Incluso sus subordinados le sorprendieron en una ocasión añadiendo agujeros a su cinturón con el picahielos.

Eventualmente el restaurante comenzó a emitir un hedor a putrefacción que generaba reflujo en los transeúntes. Pero a los meseros, cocineros y al propio Jean-Luc Pierre les hizo vomitar en más de una ocasión; por ello procedieron a la aplicación de unguento aromático en el filtrum labial, que hallaron en el botiquín médico; disimulando así los vientos internos de tufo que corrían en los baños, áreas de mesas, cocina y en la bodega; donde los tomates, chiles, papas, cebollas, zanahorias, lechugas y cilantros se pintaban de cian. También las espinacas, higos, rábanos, berenjenas, espárragos, calabazas, fresas y mandarinas se hacían violetas de a pizcas.

Los meseros, cocineros y el propio Jean-Luc Pierre siguieron al pie de la letra una de las normas más importantes del reglamento: 'No tocar la comida, le pertenece al comensal'. Así que simplemente observaron la invasión de gusanos a paso acelerado sobre las tortillas de harina y de maíz; también sobre los panes baguettes, torcidos, paisanos, hogazas, *fougasse*, de barra, dulces, de Viena y telera; de igual manera se desintegraron panques de nuez y de tres cereales. Sumando a su botín de batalla, de los quesos *brie*, Chihuahua, *camembert*, menonita y *roquefort* no restaron ni migajas; paralelamente, las sombras de los quesos asadero, comté, panela, *époisses*, fresco, munster, Oaxaca, *chavignol*, manchego y *reblochon* fueron desvaneciéndose a golosos trozos.

Naturalmente el unguento perdió efectividad, por lo que los meseros, cocineros y el propio Jean-Luc Pierre improvisaron cubrebocas con los amarillentos y empolvados manteles de mesa, consiguiendo así sobrellevar un poco mejor los soplidos de encierro y abandono. Pese a ello, salían de un dilema para entrar a otro, ya que los gusanos se volvieron larvas, y estas mismas abrieron sus alas presentándose como moscas.

Las moscas ondeaban en las alturas como aviones caza bombarderos. Aterrizaban violentamente sobre los alimentos de más difícil acceso, como los cortes y trozos de diezmillo, chambarete, arrachera, palomilla y cecina; chupaban la machaca, carne seca, el chilorio, y chorizo. Patos, corderos, pollos, conejos, perdices y chapulines enteros fueron conquistados; a la par de variedad de embutidos, huevos, costillas, caracoles y chicharrones. Contra toda lógica, con sus seis patas avanzaron su partida bélica en altamar al hacerse con las reservas de camarones, pulpos, mejillones, jaibas, langostas, mantarrayas, huachinangos, montañas de caviar y callos de hacha.

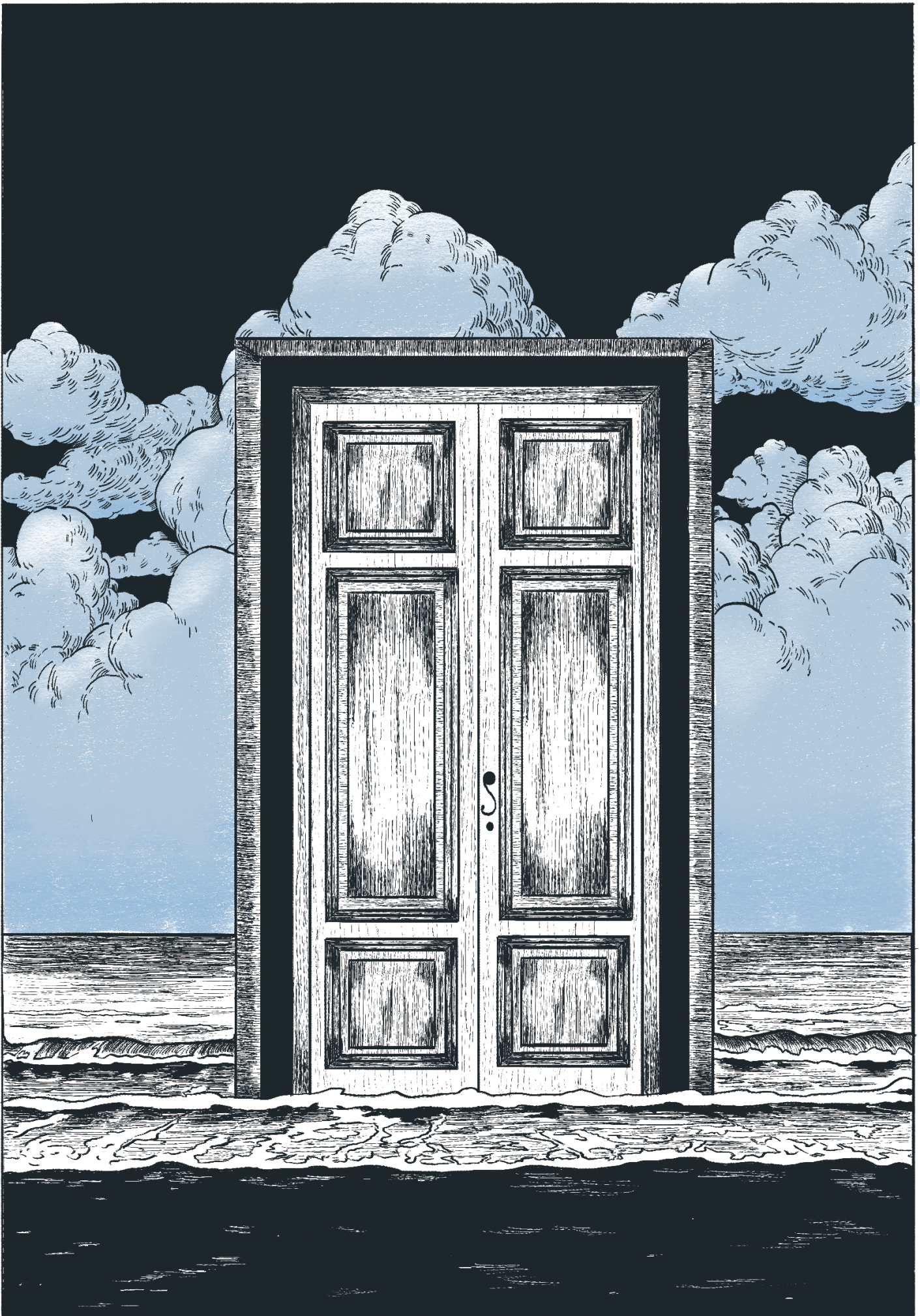
El nuevo imperio de las moscas parecía absoluto. Los meseros no conseguían deshacerse de ellas por más trapos que azotaran al aire cuál látigos. Litros venenosos de repelente habían fumigado y absorbido lo que restaba de aire puro; si es que acaso quedaba algo para ese entonces. Revistas y viejos periódicos enrollados, libros de recetas, menús y reconocimientos enmarcados hacían buenos matamoscas improvisados; que resultaron inútiles en la práctica al no anotar ninguna baja a favor. El personal de *Mexique et Paris* estaba a punto de rendirse ante la superioridad de las moscas, cuando las ratas salieron de las cañerías para ofrecer su ayuda a cambio de un jugoso y ventajoso trato. Se desharían de todas y cada una de las moscas y sus larvas, a cambio de que las dejaran vivir en paz en los oscuros y húmedos recovecos del restaurante; además de un porcentaje de alimento y bebida para toda la colonia de ratas, y sus futuras generaciones de manera vitalicia. Condiciones que Jean-Luc Pierre aceptó sin pensarlo más de una vez bajo una voluminosa aureola de estridentes moscas.

Tiempo después de la finalizada masacre total del imperio de las moscas, ante las potentes fuerzas especiales de roedores, se cumplieron dos meses desde que las estrellas Michelin de Jean-Luc Pierre perdieron su resplandor. Aquel día, un equipo de reporteros de televisión, radio y periódico entraron a *Mexique et Paris*. Al cruzar la línea hacia el recibidor se encorvaron del asco que causaba la mezcla de hedores de cadáveres de moscas, excremento de ratas, alimentos putrefactos y olor corporal. Sin embargo, se pusieron cubrebocas y adentraron camino hacia la cocina, donde encontraron a los meseros y cocineros alrededor de la flama de una de las estufas. Se frotaban y soplaban las palmas de las manos, para después acercarlas al delicado fuego azul que emanaba de la oxidada hornilla. El propio Jean-Luc Pierre, por su lado, yacía sentado en un banquillo de roble astillado. A falta de más cinturón por agujerar, llevaba los pantaloncillos a la altura de los talones, mientras que su casaca le quedaba como una extensa cobija de tigre. Parecía que el antiguo portador de las tres estrellas Michelin se iba a romper en cualquier momento, por algo tan sencillo como respirar.

Una vez los reporteros procesaron en silencio la escena, se acercaron y rodearon en forma de medialuna a Jean-Luc Pierre; cuyo ahuesado rostro se vio envuelto por las esponjas de los voluminosos micrófonos. A la brevedad fue invadido por la repetición de una sola inquisición: «¿Qué opina del suicidio de *Mesa para uno*?». La interrogante se adentró al cerebro del chef a la velocidad de cocción de una barbacoa, y con la misma espera abrió los ojos. Seguido de un gemido sordo que la prensa interpretó como un seco: «¿Qué?», de parte del cadavérico chef. Ante la clara ignorancia de la noticia, uno de los reporteros tomó el timón. Explicó al chef que la identidad del prestigioso crítico

gastronómico *Mesa para uno*, era en realidad la de un niño de tan sólo doce años que había creado todo el podcast a manera de una broma; y que jamás visitó ninguno de los restaurantes que criticó. Así que, ante las consecuencias que generaron sus comentarios, especialmente a *Mexique et Paris*, decidió quitarse la vida como un símbolo de arrepentimiento y disculpa.

El gesto de Jean-Luc Pierre, aunque sombrío, daba a entender que había escuchado y comprendido la explicación. Al cabo de un silencio en que los reporteros esperaban alguna declaración, el renombrado chef cerró sus ojos abruptamente, ladeó su cuerpo hacia un extremo y cayó al suelo golpeándose rotundamente la cabeza a pies de los entrevistadores. Jean-Luc Pierre dejó de existir encima del piso sobre el que había conseguido tocar las estrellas con espátula en mano.



9

“El salto de los cincuenta veranos”

por Luis Carlos Arguelles Macías

Los rayos de sol se cernían con furia sobre Bahía de Kino. No había víctimas del agresivo clima excepto una joven que permanecía de pie en medio de la arena, defendiéndose a duras penas con una gorra sobre su cabeza. “Mija, te vas a deshidratar” le comentaron unos lancheros que abandonaban las aguas para ir a comer. “Estoy esperando a alguien” respondió Dalia sin prestarles atención. Los pescadores intercambiaron miradas confundidas solo por un momento; el calor les recordó rápidamente que nada era más prioritario que sentir los diecinueve grados del aire acondicionado sobre sus rostros, así que siguieron su camino. Quince minutos se convirtieron en treinta; “Mejor me muevo a la sombra”. Luego habían pasado sesenta minutos; “Entro a los mariscos y me voy a estar fijando a ver si vuelve”. Pero El Profesor no regresó.

Esa misma tarde abordó el carro de sus padres rumbo a Hermosillo. El asiento trasero del Nissan Versa se sentía como la mejor cama jamás construida, y las piernas de su hermana como la mejor almohada. En sus sueños volvió a ver una delgada línea de luz en el aire formando un rectángulo de pie sobre la arena, incrementando su brillo cada vez más y luego apagándose súbitamente para revelar que el rectángulo de luz era una puerta negra que ahora se erigía con cierta solemnidad sobre la playa. Nada por detrás, nada a los costados, solo una puerta que contenía inmensidad en su interior. Un portal que, al cruzar hacia dentro, guardaba un palacio futurista de mármol y madera, un mar de pantallas, interruptores, cables, palancas y botones.

“Esta es la Navigatorium, que significa lugar de navegación” la voz del joven de cabello gris iba cargada de vida y energía. “No es una nave, es más bien un refugio cuántico, un palacio del conocimiento. Escondida fuera de nuestra realidad, alberga infinitas posibilidades mientras lo único tangible para nuestro mundo es esa puerta negra en la entrada”. El Profesor acarició la consola de madera con una sonrisa. “Lo más importante

no está en el lugar en sí sino en sus capacidades. Su activo más importante es esa simple puerta negra en la entrada. La Navigatorium nos permite trasladarla a cualquier lugar, en cualquier época. Y una vez que cruzamos esa puerta, podemos visitar todo lo que pasó o pudo pasar, y todo lo que sucederá o podría suceder”. El Profesor, a pesar de su apariencia juvenil, hablaba como lo que realmente era: Un alienígena criado entre mexicanos, un aventurero antiguo que buscaba el contacto humano con el que había crecido después de una larga vida de pérdidas.

El sueño luego se tornó en una mezcla acelerada de memorias cortas. Un año de travesías compactadas en un sueño fugaz. Reinos construidos en planetas que eran océanos completos, sus noches como rehenes del general Villa en la frontera de Sonora y Chihuahua, la flota de platillos voladores aterrizando en el gran desierto de Altar en el año 2047, el paseo por las montañas de cristal. Decenas de remembranzas de rostros amigables y amenazas terribles aparecieron una tras otra hasta que despertó. Estaban haciendo alto en el Boulevard Solidaridad, faltaba poco para llegar a casa y dejar todo atrás. Para sus padres ella se había tomado una hora de sus vacaciones para pasear con un amigo, aunque ellos notaban algo distinto en su mirada. Cargaba en sus ojos 379 días de vida ocultos por los efectos del viaje en el tiempo. La idea de haber vivido más de un año en lo que para el resto del mundo fue tan solo una hora la hizo querer pensar en otra cosa. No soportaba su vida antes del Profesor, quería escapar. Lo había logrado. Y ahora estaba de regreso, prisionera de su mundanidad, lo cual la hacía sentirse peor que antes.

*

Habían pasado tres semanas desde los sucesos en Kino. Dalia no había dormido bien ni le prestaba mucha atención a las clases de la universidad. Los primeros momentos de regreso en la cotidianidad eran muy extraños después de un año de recorrer el cosmos. No podía regresar a ser Dalia, la veinteañera estudiante de finanzas. Ahora, avistamientos tenebrosos y sucesos extraños eran su prioridad. El Profesor usualmente terminaba en medio de estos eventos, pensaba Dalia, así que llegar a uno es llegar a él. ¿Pero realmente querría él ser encontrado? Si así fuera, hubiera regresado. No, se dijo a sí misma. Algo sucedió para que él no volviera. Él había sido muy claro en su explicación mientras hacía cálculos dibujando en la arena. “El ataque contaminó las válvulas fractalarias. Necesito dar tres saltos para revertirlo. Cincuenta años después de hoy, cinco años después de hoy, y luego cinco minutos. El primer salto, el de los cincuenta veranos, es muy riesgoso. Entonces, deberías esperarme cinco minutos y estaré de vuelta en el último salto”. Aunque ella estaba convencida de que él siempre sobrevivía, el hecho de que no hubiese vuelto por ella la hacía ponerlo en duda. Si no lo encontraba

rastreando eventos raros y fuera de lo común, tendría que buscarlo en aquella playa en el momento exacto que se cumplieran cinco años de su partida.

*

—No es mi problema que la junta se haya retrasado, yo tengo mi cita que no puedo cambiar.

Dalia se ponía su chamarra de cuero para dejar la oficina. David, su amigo y compañero de oficina, le recordaba que el jefe estaba severamente disgustado con sus inasistencias e irresponsabilidad.

—Ya sé que el trabajo no es tu prioridad, pero lo necesitas. De verdad, yo conozco a una gestora que te va a conseguir tu cita de la Visa en menos de tres meses, te lo aseguro. Quédate, no quiero que sigas teniendo problemas.

—Es que me urge, necesito visitar a un familiar. De hecho, estaba pensando en ni venir. Tengo que ir hoy. Ya sé que pido muchos permisos, pero este es el último. Te lo juro.

David suspiró dándose por vencido. Le recomendó salir antes de que el jefe la viera. Dalia salió apresuradamente a tomar el elevador. Éste descendía lentamente, crujiendo cada vez más hasta que el descenso se detuvo. Un nudo en el estómago le advirtió que debía preocuparse. Pidió ayuda por el intercomunicador e hizo todas las llamadas que pensó que la sacarían rápidamente. Luego, pasó media hora.

Para cuando pudo librarse del contratiempo, la pantalla de su teléfono le recordaba que cinco años de espera estaban por ser en vano. Cinco años de llenar los días con tareas y rutinas insignificantes solo para llegar a aquel día y estaba a punto de perderlo. Subió a su automóvil y condujo tan rápido como pudo, reduciendo la velocidad de vez en cuando para no tener que perder tiempo hablando con la policía. Recorrió la carretera a gran velocidad en el mismo vehículo con el que había ido a la playa cinco años atrás. La alarma que configuró por la mañana le hizo saber que había llegado la hora y ella apenas estaba entrando en Kino Viejo. Había una fila de vehículos frente a ella que no avanzaban. Apagó el carro en medio del tráfico, le puso seguro y corrió. Nada importaría al llegar a la Navigatorium, todo podría cambiar una vez alterado el pasado.

Los agresivos sonidos del claxon parecían cada vez más lejanos mientras ella corría por la banqueta rumbo al punto de encuentro. La puerta tenía que estar ahí, tenía que ser así, no había alternativa. Sentía sus latidos acelerados en los oídos y un dolor en el estómago por tomar aire con la boca a causa del agotamiento. Dio vuelta a la izquierda y entró en la arena para ver la puerta negra en su misteriosa solemnidad posándose

majestuosamente. Las líneas de luz aparecieron alrededor de ella. El Profesor no contaba verla en el salto de cinco años sino en el de cinco minutos, así que ni siquiera había salido de su Navigatorium.

—¡No, no! ¡Estoy aquí, espérame! —Dalia corría exhausta y sumida en la desesperación hacia la puerta. Correr en la arena era mucho más difícil de lo que pensaba—. ¡No te vayas, Profesor, estoy aquí! -se lanzó sobre la puerta que se desvanecía en un contorno de luz solo para caer de boca en el suelo ardiente.

Dalia gritó y las lágrimas de ira y desesperación brotaron de inmediato. Todo estaba perdido. Cinco años de espera, de búsqueda incesante, en vano. Quería encontrar la fuerza para seguir buscando, recorrer el mundo en busca de rastros de El Profesor. Eso no ha funcionado, se recordó. Apretó sus puños temblorosos.

*

Esta vez, ella lo esperaba con paciencia. Había rentado una casa frente a la playa para esperarlo sin ninguna clase de contratiempo. Sin embargo, esta vez, venía a despedirse. Dalia creció para convertirse en una oficinista común. Se casó con David, quien ahora era director de la empresa donde trabajaron juntos, y tuvieron una hija. Después de una década se divorciaron, pues el hombre estaba cansado de que ella tuviera tan poco interés por él, por su hija. “Siempre estás sola, encerrada, no sé que haces. No te importo yo, ni siquiera sé por qué te casaste conmigo. Tampoco te importa nuestra hija. O a lo mejor sí, pero no se nota ni un poco. Es una niña, ¿No puedes darle ni un poquito de simpatía?”.

Erica, su hija, había crecido para volverse una profesionista exitosa. Aunque ella tenía la custodia, David era quien sabía el día a día de la joven. “Yo te convertí en lo que eres ahora. Gracias a mí eres fuerte, independiente, una chingona” le había dicho Dalia en su última conversación antes de que Erica se mudara para estudiar en la Universidad de Arizona. Esa fue la última vez que hablaron. Dalia no fue requerida en la boda de su hija, ni en el nacimiento o los cumpleaños de sus nietos. Era David quien la mantenía al tanto llamándole una vez al mes durante todo ese tiempo.

“No sé cuál es tu prioridad en la vida. No sé a qué esperas para ponerte las pilas. Quieres seguir viva y fuera de eso no te importa nadie más. ¿Por qué?”, le dijo David postrado en su cama de hospital. “Estoy esperando. Porque esta vida no es mi vida. Esto no es lo que yo tenía que hacer, no es más que la consecuencia de un error” le hizo saber Dalia antes de contarle su historia con el Profesor por primera vez. Después de tantas décadas, era liberador. Le habló de la Navigatorium, de sus aventuras, de las maravillas que había visto. Le habló del viaje en el tiempo, de como en unos años más podría

volver a ver al Profesor y cambiar su pasado. Hacer que la joven y deprimida Dalia de veinte años no tuviera que esperar.

“Te creo” dijo David con lágrimas en los ojos. “Te creo porque no veo otra explicación para las decisiones que has tomado. Y lamento mucho que hayas tenido que vivir así. Pero no puedes borrarla, a la Erica. Ni a mi Olivia, que también es tu nieta. Ellas son reales, no una historia que puedes hacer como que no existen y borrarlas. El dolor que sentiste, y el que les provocaste, es real. Estás aquí, respiras nuestro aire y nos partes el corazón una y otra vez. Cada memoria que creaste de un día vivido escribe una realidad sobre ti. Tú diste a luz a tu hija, nos viste a diario durante muchos años. Somos tu familia. Eso no se borra, por más que lo intentes. Irá siempre contigo, para bien o para mal. Tienes que intentar que sea lo primero”.

Dalia salió en silencio, sin palabras. No volvió a visitarlo al día siguiente ni los otros cuatro días. La siguiente semana, David falleció mientras dormía. Dalia asistió al funeral, pero nadie le dirigió la palabra.

Ahora, en la playa, veía desde su terraza como la puerta negra se materializaba en la playa. Caminó tranquilamente y tocó tres veces. El Profesor salió luciendo exactamente igual a como se veía cincuenta años atrás. Ahora ambos compartían el cabello gris, aunque el del Profesor era genético y no un signo de envejecimiento. Él permaneció inmóvil, sorprendido. Dalia le sonrió, llena de esperanza. Antes de poder decir nada, una voz los hizo mirar en otra dirección.

—¿Entonces es real, mamá? Todo lo que mi papá dijo era verdad.

Dalia sintió una punzada al corazón. ¿Le había contado David sobre su plan de cambiar el pasado, de borrar todo lo que pasó después de sus veinte años? Una cosa era abandonar aquella vida en silencio, que quedara como un recuerdo de algo que no fue. Viajando en el tiempo, no era la primera vez que podía recordar un futuro alternativo. Estos se volvían borrosos, como sueños que no puedes recordar por completo. Sin embargo, nunca había reescrito tantos años de su historia personal. ¿Recordaría haber borrado a su propia hija de su existencia, aun cuando ella le imploraría que no lo hiciera?

—Nunca llegaste. Dijiste cinco minutos, y no llegaste —cambio de tema Dalia restando al Profesor—. Cinco años después sí te vi, pero no pude alcanzarte. ¿Por qué no volviste?

—¿Por esto fuiste tan distante? ¿Esto era lo único que te importaba, huir con él? —preguntó Erica con lágrimas en los ojos y una mirada de profundo resentimiento.

—Párenle un momento —dijo el Profesor cerrando la puerta negra detrás de él y

mirando el reloj de pantalla azul que llevaba en la muñeca—. Salto de cincuenta años, aquí estoy, correcto. Me adelantaste que el salto de cinco años también es exitoso, correcto. Pero ahora sé que el salto de cinco minutos después de dejarte no sucedió. O tal vez sí salte ese tiempo, pero en otro lugar. Y lamento mucho lo que voy a decirte, pero creo que sellaste tu propio destino.

—¿Cómo? —Dalia alzó la voz.

—Pero veo que has tenido una buena vida. Tienes una hija. Tuviste un esposo, creo. O a lo mejor tuviste una hija fuera del matrimonio. No sé, no juzgo —. El Profesor se acercó a Erica y le estrechó la mano—. Soy El Profesor, mucho gusto.

Dalia sintió que se desplomaba ahí mismo. ¿Cómo que había sellado su destino? Claro. Encontró al Profesor de cincuenta años en el futuro, el primer salto, y le dijo que nunca llegó. Vivió una vida distante, prohibiéndose sentir, prohibiéndose ser parte, solo para consolidarle su vida única e irremplazable.

—¡No! —gritó Dalia enfurecida— ¿Cómo iba a saber yo eso? ¡Tienes que regresar por mí! La Dalia de 20 años que esperó. Esto no puede ser. ¡Esperé toda mi vida!

—Créele —dijo Erica con una voz seria y dolida—. Pasó toda su vida en un trabajo mediocre, sin amigos, distante de todos los que la queríamos. ¿Qué esperabas, Dalia? —la madre sintió un nudo en la garganta al recordar que su hija no la reconocía como su mamá— ¿Pensabas cambiar el pasado, por eso te duele tanto que tú misma te hiciste esto? Pues nos lo hiciste a todos.

—Puedes arreglarlo —le dijo Dalia al Profesor—. Puedes hacer que esto no pase. Porque es tu culpa, no mía. Yo esperé una vida en esta línea alternativa. Necesito salir de aquí.

—Esta no es una alternativa, ni una posibilidad. En el panorama general del tiempo sí, tal vez sea solo un camino más de muchos. Pero no desde esos ojos —la miró directo a sus ojos claros—. Esos ojos han vivido, han envejecido y se han consolidado en este mundo. Tu hija, Erica, es real. Tu esposo es real. Cada vida humana que se construyó dentro de la historia de tu vida tiene su propia enormidad dentro. No puedes simplemente reescribirlo, no así. Me disculpo, de verdad me disculpo por todo esto. Pero no puedo cambiar el pasado así.

—¡Qué fácil es para ti! Tu vas y vienes en el tiempo. Tú no tienes que quedarte, vives sin compromisos, pero me obligas a mí a comprometerme con una vida que no pedí. ¿Te parece justo? ¡Yo sólo quería verlo todo!

—Nadie pide la vida que tiene. Sólo sucede. Yo no pedí la vida que tengo, pero intento hacer lo mejor. Mantenerme cerca de humanos, como tú, como mi madre y mis

abuelos. Recordar lo que es importante para un individuo en un universo tan grande. Pero creo que tú no lo has soportado. Has olvidado el peso que tienen las vidas. Viste un universo casi infinito y asumiste las vidas humanas como insignificantes. Pero es todo lo contrario; son esas vidas las que le dan forma a todo lo que observamos.

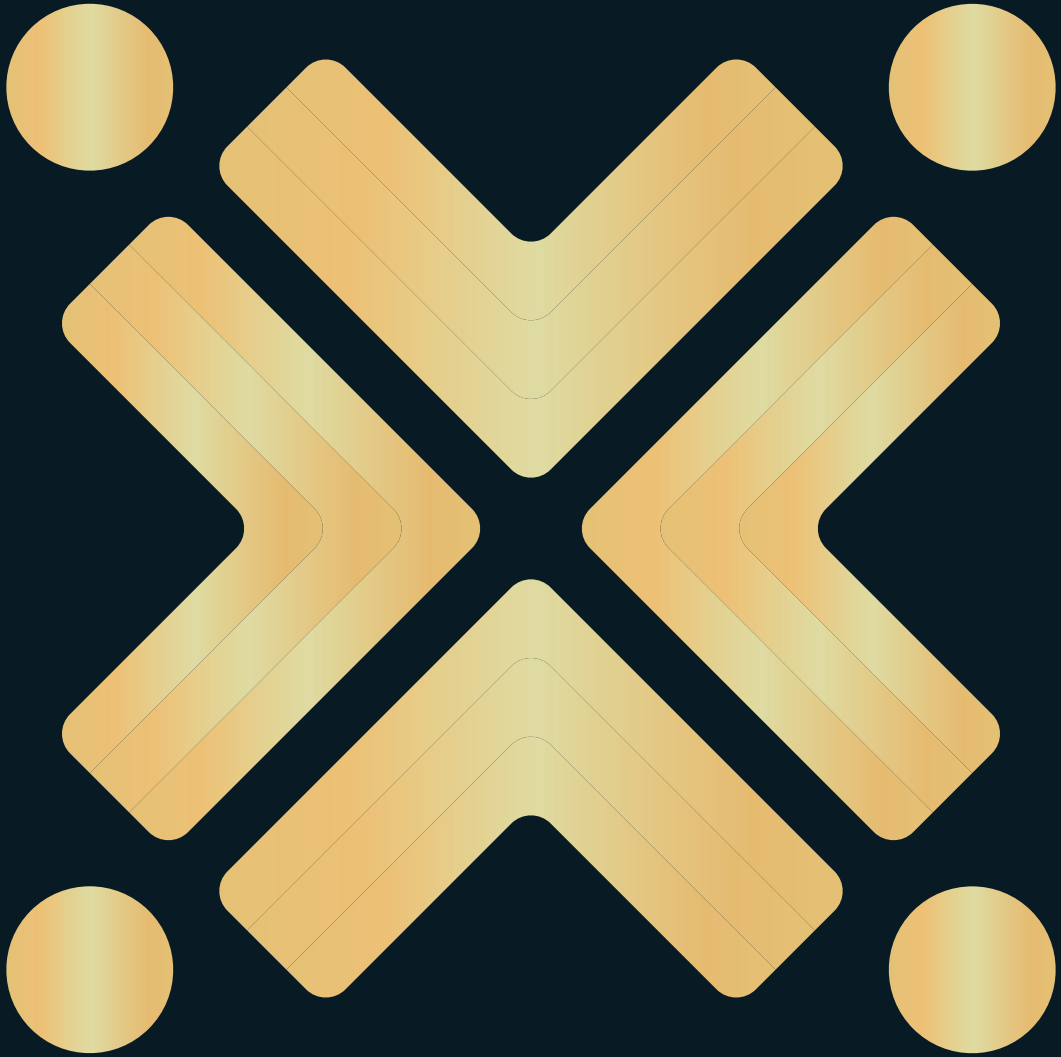
El Profesor se dio media vuelta para volver a su Navigatorium. Se disculpó una vez más antes de abrir la puerta y prometió que lo compensaría como pudiera. Dalia intentó saltar sobre él, pero Erica la detuvo. La puerta negra desapareció una última vez ante los ojos de Dalia. Erica la abrazó por primera vez en mucho tiempo mientras su madre lloraba desconsolada. La madre, en su profunda tristeza, abrazó a su hija por primera vez en la vida.

Pasaron la noche en la casa frente a la playa. En la mesa del comedor encontraron un sobre con docenas de boletos de avión y algo de dinero. En el sobre estaba escrita una nota:

Terminen la espera.

Atentamente,

El Profesor




SONORA
TIERRA DE OPORTUNIDADES



**INSTITUTO
SONORENSE
DE LA JUVENTUD**



**OBSERVATORIO DE LAS
JUVENTUDES**